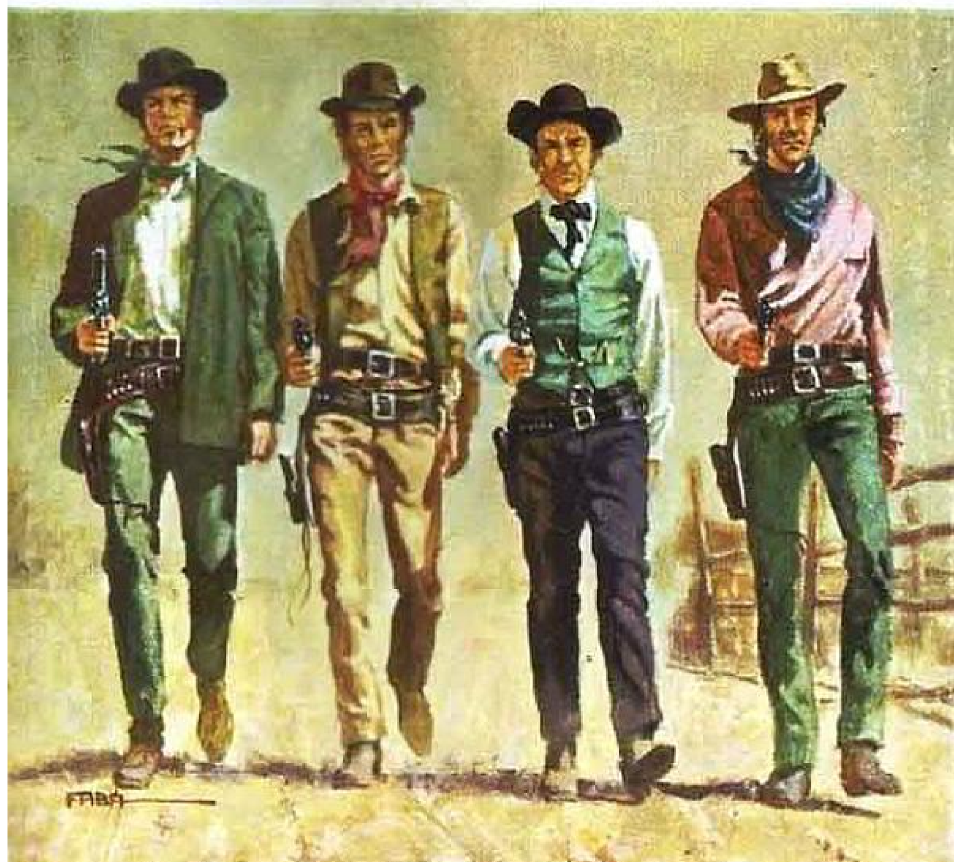
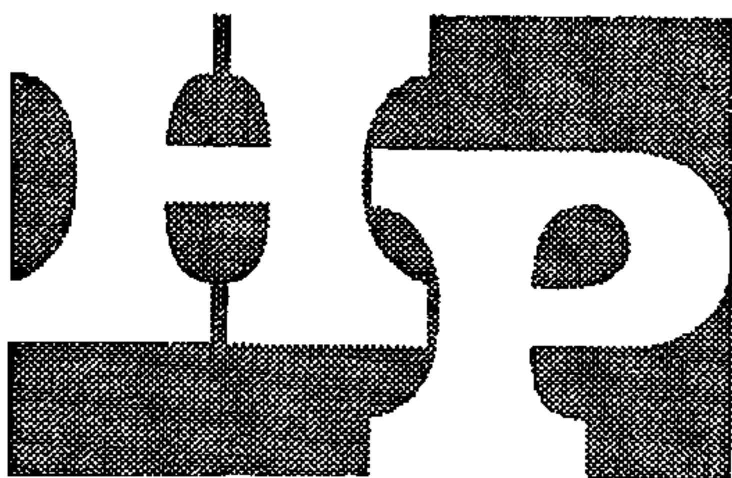
BOLSILIBROS
BRUGUERA
OESTE
SERIE
HEROES DE
LA PRADERA

Silver Kane

CUATRO HERMANOS DE DALLAS







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

CUATRO HERMANOS DE DALLAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 239
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 22692-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2 .º edición: julio, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El rancho estaba situado en la parte más honda de un valle, por cuyo centro pasaba un riachuelo. La tierra era fértil y todo el conjunto ofrecía, desde lo alto de la loma donde se encontraba Richard, una grata sensación de fertilidad y de riqueza.

Sin embargo, Richard, que había nacido en aquel lugar, sabía que no era así, o que al menos no era así todos los años.

Muchas veces el riachuelo se transformaba bruscamente en río torrencial, al captar el agua que venía de las cercanas montañas, y entonces lo asolaba todo, sembrados, edificios y animales. Richard, durante años y años, había conocido el hambre en aquella tierra.

Fue a espolear suavemente su caballo, para descender la loma en dirección al rancho, cuando vio que otro jinete subía a su espalda, siguiendo el mismo camino que él poco antes llevara.

Richard se volvió.

Sus facciones se distendieron en una sonrisa al reconocer a su hermano Phil.

Phil era un año más joven. Acababa de cumplir los veintitrés. Vestía, al igual que Richard, ropas vaqueras, pero con la importante diferencia de que sobre su camisa brillaba una estrella de *sheriff*.

Hizo un saludo.

—¡Richard!

—¡Phil, casi no puedo creerlo!

—¿A ti también te ha citado mamá?

—Por eso estoy aquí.

Los dos hombres ya estaban casi juntos. Ladeándose sobre las sillas, se fundieron en un abrazo.

Cuando se separaron, Phil miró también el viejo rancho donde ambos habían nacido.

—¿Cómo encuentras esto ahora?

—Parece un milagro que todo esto pueda ser cultivado por sólo cuatro o cinco hombres, y encima, viejos. Pero tengo la sensación de que mamá nos ha llamado para hablar del porvenir del rancho. Esto no puede continuar así durante demasiado tiempo.

Mientras se acercaban, los detalles del rancho se iban haciendo más y más concretos. Y se dieron cuenta de que no todo era tan hermoso como parecía desde la lejanía.

El porche estaba a punto de hundirse, y puertas y ventanas necesitaban una capa de pintura. Algunas de las tablas de la fachada estaban sueltas. Ya no había tras los cristales las delicadas cortinas que antes su madre cosía con sus manos, y que ellos, durante los días de su niñez, siempre conocieron.

La cuadra, aneja al edificio, era apenas un cobertizo que se estaba hundiendo por momentos.

Richard hizo un gesto de desolación.

—Creo que hicimos mal en marchar, Phil.

—¿Y qué otra decisión podíamos tomar? Éste, pedazo de tierra no daba para que comiésemos todos.

—Tienes razón, pero…

—No te preocupes. Mamá todavía es una mujer joven y fuerte. Si ahora sus fuerzas empiezan a decaer y necesita que alguno se quede, nos quedaremos aunque sea echándolo a suertes.

—Y con nuestros otros dos hermanos, ¿qué habrá ocurrido? ¿Los habrá citado también mamá?

—Yo creo que en cuanto a Johnny no se habrá atrevido…

Phil, que era el que estaba hablando, no pudo terminar la frase. En aquel momento sus ojos, clavados en el porche, descubrieron a un hombre que se balanceaba tranquilamente en una vieja mecedora.

—¡Johnny!

Johnny hizo un breve saludo, sin levantarse, llevando la mano derecha al ala de su sombrero.

Era un tipo más alto y corpulento que sus hermanos, aunque con una expresión más jovial. Sobre todo, se le notaba bastante más alegre que Phil, el *sheriff*, cuya expresión solía ser reconcentrada casi siempre. Vestía una camisa vaquera, pantalones tejanos y sombrero blanco. Llevaba dos revólveres, tipo «Colt Frontier».

Phil, el *sheriff*, descendió lentamente de su caballo.

Sus facciones se habían endurecido, y una honda preocupación parecía flotar en su semblante.

Johnny le vio avanzar.

Sus ojos se posaron sobre todo en la estrella que rebrillaba sobre la camisa, aquella estrella que representaba la Ley.

Dijo:

—¡Vaya! ¡Qué alegría, *sheriff*!

Phil le miraba con ojos llameantes.

—¿Cómo te has atrevido, Johnny?

—¿Cómo me he atrevido a qué?

—A venir aquí.

—¡Diantre! Mamá me llamó. Supongo que lo mismo hizo con vosotros. Esto es una reunión de familia.

Phil tenía las facciones tan fuertemente encajadas que se marcaban todos los huesos de su rostro.

—Sabes que estás reclamado, Johnny. Sabes que se te puede condenar a muerte por el asesinato de dos hombres.

—Tres —corrigió Johnny.

Phil no hizo caso de la macabra rectificación.

—Y sabes también que algunos hombres te buscan por todo Texas. Me refiero a los comisarios y a representantes de la Ley. Uno de ellos soy yo.

Johnny cabeceó lentamente.

—Pues aquí me tienes. Ya ves por donde tú eres el más listo, el que me ha encontrado primero.

Phil levantó un poco la mano derecha, crispándola levemente sobre el revólver del mismo lado.

—No quiero hacerte ningún daño, Johnny, pero pienso cumplir con mi deber. Lo que menos podía imaginar en el mundo era encontrarte aquí. Pero ya que te he encontrado, vas a considerarte preso y a no salir de esta casa hasta que yo decida entregarte al juez de Dallas.

Los ojos de Johnny brillaron un momento peligrosamente. Sólo un momento. Luego, volvieron a adoptar su expresión reidora y plácida.

—Bueno, tú prueba…

La situación amenazaba con hacerse tensa, pero lo impidió la

intervención de Richard.

Éste se interpuso entre los dos hermanos, diciendo con tono conciliador:

—¿No puede pasar otro pensamiento por vuestras estúpidas cabezotas? ¿Tan locos estáis? ¿O es que no os habéis dado cuenta de que éste es el sitio donde nacimos y el lugar donde aún vive nuestra madre?

El *sheriff* y el reclamado por la Ley, parecieron dudar un momento.

Luego, Johnny sonrió. Su sonrisa fue contagiosa e hizo que se distendieran también los labios de Phil.

—Haya tregua por un par de días —dijo el reclamado—. Diantre, ¿es mucho pedir?

El silencio entre los dos hombres parecía haberse disipado, pero aún quedaban rescoldos. Richard se encargó de eliminarlos preguntando con voz suave:

—¿Ya has visto a mamá, Johnny?

—No, todavía no. Acababa de llegar cuando os he visto a vosotros en lo alto de la loma. Entonces he pensado que sería bueno esperaros aquí y daros una bonita sorpresa…

—Pues nos la has dado.

—Por lo visto, mamá, ha llamado a los cuatro hermanos —dijo Richard.

—Sí, eso veo. Y, al parecer, nos citó a todos en el mismo sitio y para el mismo día.

—Pero falta Jennifer.

—Nuestra hermanita… Al menos hace cuatro años que no la veo —dijo Johnny, riendo.

—Pues ahora la verás, porque ya debe estar dentro, con mamá —murmuró Phil, el *sheriff*—. Venga, vamos allá.

Los tres entraron.

De pronto, Johnny lanzó un silbido.

Acababa de ver las piernas de una mujer sentada en una de las mecedoras del interior. Sólo le veía las piernas, alumbradas por un rayo de sol, ya que el resto del cuerpo, y sobre todo el rostro, quedaba en una zona de sombras. Pero aquella mujer, que se había desprendido del vestido, llevaba sólo ropa interior, y aunque la ropa interior de la época era más que discreta, el espectáculo que ofrecía

hubiera bastado para tumbar de espaldas a tres tipos más rudos que aquéllos.

Johnny gruñó:

—¡Diablos, qué mujer!

Richard le dio un codazo.

—¡Imbécil! ¿No te das cuenta de que tiene que ser Jennifer?

Johnny quedó un momento confuso y silencioso.

No sabía bien por qué, el hecho de que Jennifer estuviese allí, en aquella actitud, le disgustaba.

Igual le había ocurrido a Phil, cuyas facciones se estaban ensombreciendo por momentos.

Era como si ambos comprendiesen que muchas cosas habían muerto. Como si se dieran cuenta, de pronto, de que Jennifer era una mujer, y no precisamente la clase de mujer que ellos habían esperado.

Jennifer, antes tan pudorosa, parecía haber perdido por completo el recato que siempre guardó en su hogar.

Jennifer se puso en pie, saliendo de la zona de sombra.

Todos vieron entonces que era mucho más hermosa de lo que hubieran podido imaginar. Más hermosa, pero también muy provocativa, muy distinta, Iba bastante pintada, y con el pelo teñido en unos suaves mechones rubios. Sobre una de sus mejillas suaves y tersas, destacaba un lunar postizo.

Muchas chicas de las que trabajaban en los saloons resultaban menos provocativas que ella.

Y entonces la siniestra verdad penetró poco a poco en los cerebros de los tres hombres. Penetró como un veneno. Fue entonces cuando comprendieron por qué a ella no le molestaba exhibirse en ropa interior, y menos en su propia casa. Los vestidos y todo cuanto significan en el aspecto moral, debían haber perdido todo significado para ella.

¡Y sólo hacía cuatro años que no se veían! ¡Cuatro años…!

—Cuando nos marchamos, tú eras una chiquilla —musitó Richard—. Has cambiado de verdad.

—¡Claro! Una tiene que hacerse mujer, ¿no? ¿O es que iba a quedarme estancada?

—No, no… Desde luego, no te has quedado estancada.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Phil.

—En un saloon de Dallas.

—¿En un sa… saloon?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada, mientras te encargues de la contabilidad o… o quizá de la limpieza. Nada malo hay en eso, mientras no bailes ni entretengas al público.

—Pues bailo y canto. ¡Y lo hago bastante bien, para que lo sepáis de una vez!

Los tres hombres quedaron un momento en silencio, meditando sobre aquella inesperada situación.

Como siempre, fue Richard el que suavizó la tensión.

—¿Has visto a mamá, Jennifer?

—Sí.

—¿Cómo está? Fuerte como siempre, ¿eh?

—Sí, desde luego está fuerte.

—La pobre mamá siempre fue una bestia de carga. La vida, desde luego, no se ha portado bien con ella. Viuda desde muy joven, teniendo que trabajar para cuatro hijos… Y nosotros, cuando pudimos valernos, la abandonamos. Cien veces he pensado que merecemos que se nos escupa a la cara. A ti también Phil, aunque hayas llegado a *sheriff*.

—Bueno, de todos modos estamos los cuatro juntos otra vez, y si la situación fue injusta entonces, ahora le pondremos remedio. Cualquier cosa que mamá nos pida la haremos. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —dijeron los otros.

Sólo Jennifer guardó silencio.

Sólo ella parecía atormentada por un pensamiento que los otros no habían podido captar aún.

Fue la muchacha la que indicó una puerta. Era la de la gran sala donde estaba la chimenea y donde en otro tiempo solían reunirse todos, al amor de la lumbre.

Entraron.

La mujer que estaba sentada al fondo de la pieza, en una silla, se puso en pie. Los tres hombres, hombres duros y recios a quienes la vida había enseñado lo peor sintieron, de pronto, al verla, que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Fue Johnny el primero que corrió hacia ella.

—¡Mamá!

Johnny había sido siempre el más cariñoso, a pesar de que también fue el más díscolo y aquél a quien la vida llevó por los peores senderos.

Un instante después, Richard la había abrazado también.

Phil, el severo *sheriff*, había quedado en segundo término, queriendo dominar su emoción y haciendo esfuerzos por evitar que sus ojos se cubrieran de lágrimas.

Su madre, susurró:

—¿Y tú, Phil? ¿No me abrazas?

Phil lo hizo. Madre e hijo se fundieron en un abrazo, y entonces los dedos de la mujer palparon la estrella.

—Phil… ¡Pero si eres un *sheriff*!

—¿Hasta ahora no te habías dado cuenta, mamá? ¡Si resulta que mi estrella brilla como un faro!

—Tienes que perdonarme, hijo. Estaba demasiado emocionada.

Les indicó que se sentaran. Había unas sillas dispuestas en semicírculo, en torno de la que ella ocupaba antes. Todos obedecieron menos Jennifer, que quedó al fondo de la pieza, sumida en las sombras, con una profunda arruga vertical en su bonita frente.

—¿Qué tal van los campos, mamá? —Preguntó Richard—. ¡Ya hemos visto que tienen un magnífico aspecto!

—Van bien. Este año el río se ha portado como un verdadero amigo. Las tierras han tenido justamente el agua que necesitaban, y las cosechas serán mejores que nunca.

—¿Y los ganados? ¿Cómo va el ganado? —preguntó Johnny.

—Bien.

—No sé cómo puedes arreglártelas con sólo cuatro hombres y ya no demasiado jóvenes, mamá —dijo Richard—. Nadie sería capaz de tanto.

—Tres.

—¿Quién murió?

—Parker.

Los tres hermanos fueron a abrir la boca a la vez, y los tres la cerraron de golpe, dominados por el mismo sentimiento. Aquella noticia les afectaba, les hería más de lo que hubieran podido creer. Parker fue el hombre que los llevó a todos a la pila del bautismo,

quien les enseñó a tirar y a montar a caballo, quien se comportó con ellos como un verdadero padre. No había nadie en el rancho a quien quisieran tanto, después de su propia madre. Aquella noticia les afectaba de un modo que ahora no sabían definir. Les hería en lo más hondo.

Phil susurró:

—Lamento mucho su muerte.

—Más lo lamentarás cuando sepas que no murió de un modo natural. Lo asesinaron.

Los tres hombres alzaron la cabeza como si de pronto tuvieran un solo cuerpo.

Y se encontraron con la mirada lejana, perdida, indescifrable, de su madre.

Ella trató de disimular la tensión, sonriendo ligeramente.

—Pero ésa es una mala noticia que no debí haberos dado tan pronto —dijo—. No quisiera que tuvieseis una mala impresión sólo al llegar aquí. Os prepararé café del modo que a vosotros os gustaba.

La cafetera, humeante, estaba ya preparada sobre una bandeja, en una mesita cercana. La mujer se acercó, la tomó cuidadosamente y la depositó sobre otra mesa que estaba entre las sillas, y a la que todos tenían acceso.

—Tomad cada uno vuestra taza —dijo—. Como en otro tiempo. Incluso estoy segura de que cada uno reconocerá la taza que prefería en otro tiempo. Son las mismas.

Todos las recordaban.

Era como si volviera a ellos el viejo perfume, la suave nostalgia de los años que se fueron.

Las tazas eran en sus manos como objetos vivos que les devolvieran una vieja caricia.

Su madre, con la mirada perdida, pareció vacilar al recoger la cafetera con su mano derecha.

Phil entrecerró los ojos.

¿Por qué su madre tenía aquella mirada lejana? ¿Por qué no posaba sus ojos concretamente en ninguna parte?

Por primera vez el pensamiento atravesó su cráneo. Por primera vez algo le hirió en lo más hondo, en las mismas entrañas, aunque el *sheriff* no hizo ningún gesto que denotase lo que sentía.

Su madre fue sirviendo a todos.

Apoyaba un momento la cafetera en el borde de la taza que le tendían, luego la elevaba y dejaba que el chorro de café llenase poco a poco el recipiente. Parecía tener calculado el tiempo exacto que debía emplear en cada caso. Luego inclinaba la cafetera hacia atrás, con un movimiento casi automático, para que dejase de manar. A continuación, decía:

—Otra taza, por favor.

Así hizo con Richard y con Johnny.

Quedaba Phil.

El *sheriff* tendió la taza y esperó a que su madre se la fuese llenando poco a poco.

—Las tierras van bien —decía, pareciendo recobrar la locuacidad de otro tiempo—. Si el río se portase bien durante algunos años, incluso se podría ahorrar algo de dinero para comprar un rancho mejor. Ahora hay mucha más gente por aquí, y las mercancías han subido de precio. Las cosechas dejan más dinero.

Phil dijo suavemente:

—Sí, mamá.

—En cuanto al ganado, lo compran los traficantes a precios cada vez más altos. Al instalarse el ferrocarril, transportan las reses con mucha facilidad a una ciudad que yo no había oído nombrar nunca, un sitio llamado Chicago. ¡Dios santo! Hay mucha demanda, y sé que este año pagarán por cada cabeza una tercera parte más que durante el año anterior.

Phil repitió:

—Sí, mamá.

Retiró la taza suavemente, y su madre siguió vertiendo el café, pero ahora directamente sobre la mesa. No se daba cuenta, a pesar de que estaba mirando fijamente la taza.

El grito de Phil, el *sheriff* que había matado a tantos hombres fue casi el de un niño, cuando gritó:

—¡Mamá…!

Porque acababa de darse cuenta de que aquella mujer estaba ciega.

CAPÍTULO II

Las llamas del hogar enviaban pálidos destellos a las paredes de piedra. El silencio era absoluto en torno a la casa, un silencio sólo roto por el rumor del cercano riachuelo, que ya ni siquiera oían. Todos los rostros estaban taciturnos, todos miraban fijamente el reflejo misterioso y cambiante de las llamas.

Al fin, la madre susurró:

—Esperaba que no os dieseis cuenta. Pensaba, no sé por qué, que podría ahorraros ese último dolor.

—¿Jennifer lo sabía?

—Sí. Ella se dio cuenta en seguida, porque las mujeres, para esas cosas, somos más listas que los hombres. Pero le hice prometer que no os diría nada de momento.

Johnny, que parecía el más afectado, susurró:

—¿Cómo fue? ¿Tiene la culpa alguien?

—No, nadie tiene la culpa. Ha sido un proceso natural de muchos años, una enfermedad que se ha ido agravando poco a poco, hasta acabar con mi vista. Es posible que en una gran ciudad me hubiese curado, pero uno de los inconvenientes más terribles del campo es este aislamiento que transforma en graves las cosas que en otro sitio no lo serían. En fin, no quiero que hablemos de eso. Tengo ya cuarenta y dos años. Fui madre tan joven que a veces me parece que ha pasado un siglo desde que nacisteis, pero a mi edad, y si yo viviese en Nueva York p Filadelfia, sería considerada una mujer todavía joven. De todos modos he de resignarme. Si me esperan unos años de tinieblas, los aceptaré.

Phil susurró:

—Mamá, ahora uno de nosotros al menos se quedará aquí.

—¿Renunciarías a la estrella por eso?

—Si me correspondiera a mí quedarme, no tendría inconveniente.

La mujer apretó los labios.

Diríase que se contenía para no lanzar un grito, para no derramar alguna secreta angustia que le quemaba la garganta.

Al fin, murmuró:

—Yo os he llamado para otra cosa.

—¿Para qué?

—Es difícil decirlo, pero necesario.

—Habla, mamá.

—Si nos has reunido, debe ser por algo importante. Te escuchamos y haremos lo que tú pidas, mamá.

Ella, dijo roncamente:

—Tenéis que matar a un hombre.

* * *

Durante unos instantes largos, casi eternos, se hizo el silencio. Los tres hombres miraron hacia las llamas de la hoguera. Claramente se notó que ninguno de ellos se atrevía a expresar los confusos sentimientos que en aquellos instantes le embargaban.

Fue Johnny quien rompió el silencio.

Aquello de matar a un hombre, no parecía causarle a él demasiada impresión.

—¿A quién hay que liquidar? —preguntó sencillamente.

—A Ruban.

—¡Ruban es el ranchero más rico de la comarca!

—Justo. Más rico en estos momentos de lo que vosotros mismos creéis. Cuenta con muchos hombres que le protegen.

Richard, intentando ser sensato, preguntó:

—¿Qué mal te ha causado?

—Es ya algo muy lejano. Se remonta a la época en que vosotros erais todavía niños.

—¿Qué sucedió?

Las miradas de los tres hombres eran anhelantes, estaban fijas en el rostro inmóvil de su madre.

Ella continuó con voz lenta:

—No os lo dije nunca porque nada podíais hacer. He guardado esto como un secreto amargo que ha atormentado casi todos los

años de mi vida. Pero ahora debéis saberlo. Vuestro padre no murió de una muerte natural. Fue asesinado.

—¿Lo hizo Ruban?

—Sí.

La voz había sido grave, seca, como si con ella pronunciara una sentencia.

—¿Por qué? —Preguntó Richard—. No sería por apoderarse de este rancho, supongo. Nunca ha valido gran cosa, y además, entonces había tierra para todos.

—No, no fue por eso.

—¿Por qué entonces?

—Por mí.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Phil.

—Ruban siempre me perseguía. Yo llegué a abofetearle para que me dejara en paz, pero procuré que vuestro padre jamás sospechase lo que sucedía. Entonces, él me prometió matarlo. Dijo que las cosas serían muy distintas cuando yo no fuese más que una pobre viuda.

—¿Y… y lo hizo?

—En los archivos del Juzgado de Dallas debe figurar aún la denuncia que presenté en aquella época —dijo ella suavemente—. Denuncia por asesinato contra Ruban. Pero entonces él era ya un ranchero poderoso, y el juez no se atrevió a actuar. La denuncia fue quedando dormida en un cajón y en otro, hasta que se decidieron a archivarla. Si os cabe alguna duda, podéis consultarla aún y ver las investigaciones que se hicieron sobre el asunto. Además, el mismo juez que hay ahora es el que actuaba entonces y os lo puede confirmar.

—No hace falta. Creemos firmemente lo que tú nos dices.

—Eso no es todo.

—¿No?

—No. Ruban llegó a raptarme, poco después del asesinato. Me tuvo tres días en su rancho. No sé si vosotros recordaréis aquello.

Los tres hombres guardaban silencio.

Pero era ese silencio de los pistoleros antes del momento supremo, ese trágico instante de calma que precede siempre al estallido mortal del plomo.

Fue Johnny el que mascculló:

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Había decidido olvidarlo. Había decidido pensar que eso pertenecía a un pasado ya remoto.

—¿Y por qué has cambiado de parecer?

—Porque uno de los hombres de Ruban mató a Parker —dijo, suavemente, ella—. Fue ese nuevo crimen lo que resucitó las cosas, lo que me ha hecho pensar que la venganza puede esperar eternamente. Vosotros sois tres y es lógico que venguéis a Parker y venguéis a vuestro padre. En esta tierra no puede pensarse de otro modo. Es vuestro deber. Tenéis que matar a Ruban antes de que sea demasiado tarde. Luego quedaréis tranquilos. Vuestra misión habrá terminado.

Fue Johnny el que decidió, mirando a su hermano Phil:

—Lo haré yo. Sólo a mí me incumbe esa muerte. Un *sheriff* no tiene por qué mancharse las manos en eso.

CAPÍTULO III

Johnny descabalgó de su corcel, cubierto de polvo, y miró a sus dos hermanos que le aguardaban al porche.

Sólo habían transcurrido dos días desde su llegada, y ya el rancho tenía otro aspecto completamente distinto. Los hermanos que quedaban libres habían repasado el porche, habían clavado las tablas sueltas y dado una capa de pintura a los rincones más envejecidos. También el cobertizo para los caballos tenía otro aspecto.

En cuanto a Jennifer, que hacía todas las faenas del rancho sin quejarse, estaba instalando en este momento unas cortinas como las que antaño preparó su madre.

Pero Richard y Phil estaban pendientes de Johnny, que se acercaba a ellos sacudiéndose el polvo.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Phil.

—Sí y no. Os confirmo lo que expliqué el primer día. Ruban no sale jamás de los límites de su rancho. Ni ve a nadie ni recibe a nadie. Es como un prisionero en sus tierras, que además están estupendamente guardadas. Intentar penetrar allí por las buenas para llegar hasta Ruban y descerrajarle cuatro tiros, resultaría un suicidio.

—¿Qué se puede hacer entonces? ¿Es que sospecha algo?

—No. Al parecer, desde hace unos dos años vive así, sin ir a ninguna parte. No creo que se haya enterado ni de nuestra llegada, lo cual es un factor que nos favorece.

—¿Cuál es tu plan, entonces?

—He tenido que hacer trabajar esto —rió Johnny, llevándose el índice a la frente—, y he procurado enterarme de si ese fulano saldrá de su encierro por algún motivo. Al fin he sabido que sí.

Mañana, precisamente, tiene que ir a Dallas.

—¿Para qué?

—No sé. Recibe a alguien que llega en la diligencia, a las cuatro de la tarde. E irá solo.

—Entonces nosotros le «recibiremos» a él —decidió Richard—. Yo te acompañaré, Johnny.

—Y yo —añadió Phil.

—¡Te dije que un *sheriff* no tenía por qué mancharse las manos de sangre!

—Luego me las lavaré —dijo Phil sentenciosamente.

CAPÍTULO IV

Johnny consultó su reloj.

Faltaban diez minutos para las cuatro.

Algunas otras veces, a lo largo de su azarosa vida, había pasado por situaciones semejantes, y no se sentía nervioso en lo más mínimo. Sólo por precaución, escrutó los porches, donde estaban sus hermanos. Uno, Phil, se apoyaba indolentemente en una de las columnas, vigilando el lado derecho de la calle. Se había quitado la estrella, como si le avergonzase mancharla con lo que iba a hacer. Richard, en el lado opuesto, vigilaba el costado izquierdo. Parecía muy ocupado mondando con su navaja un pedazo de madera blanda, pero en realidad sus ojos no perdían un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor.

Habían acordado que sería Johnny quien liquidaría a Ruban, provocando un desafío legal. Los otros dos estarían en reserva, por si las cosas se complicaban, pero habían decidido no dar al ranchero ninguna oportunidad. Aquella misma tarde tenía que morir como fuese, aunque tuvieran que liquidarlo por la espalda o balearlo en mitad de la calle como a un perro rabioso.

Sus nervios estaban tranquilos; la tarde les parecía maravillosamente plácida.

De pronto alguien exclamó a su espalda, con alegría mal contenida:

—¡Johnny!

Johnny se volvió poco a poco. Aquella voz de mujer traía a su memoria un lejano, dulce e inconcreto recuerdo.

Terminó de volverse del todo.

Sus ojos tropezaron entonces con la mujer más hermosa que había visto en todos los días de su perra vida.

Capítulo V

—Pero, Johnny, ¿es que nunca has visto a una mujer?

—Como tú, no.

La carcajada, limpia, fresca de la, muchacha pareció llenar otra vez aquella zona de la calle.

—Tú no has cambiado nada, Johnny… Eso sí, eres más grandote y mucho más bestia. Pero tu cara y tus modales son los mismos.

Johnny tenía entrecerrados los ojos. La sensación de que no podía mirar de frente a aquella mujer, porque le deslumbraba, era más intensa que él.

—En cambio, tú has cambiado mucho, Nancy.

—¿Tú crees?

—Estás… mucho más guapa.

Ella debió de reír.

—¿Cuántos años hacía que no nos veíamos, Johnny?

—Pues… no sé. Quizá seis u ocho.

—Siete exactamente, Johnny.

—¿Cómo es que estás aquí? —murmuró—. Lo normal es que hubieras llegado en la diligencia.

—Las diligencias me aburren. En la parada anterior he alquilado un carruaje más ligero para llegar antes. ¡La sorpresa que se va a llevar mi padre!

Johnny se mordió el labio inferior para no lanzar una exclamación de rabia.

¡Claro! ¿Cómo no lo había recordado en el mismo instante de verla? ¡Ella era la hija de Ruban! ¡Ella era la persona a la que el rico ranchero tenía tanto interés en recibir!

De pronto, la muchacha desvió la mirada. Y de sus labios, brotó un grito de alegría:

—¡Papá!

Fue entonces cuando Johnny vio avanzar a Ruban.

Él lo había visto alguna vez, muchos años antes, pero no lo recordaba ya. Le pareció un hombre de unos cincuenta años muy bien conservado, mirada tranquila y serena, mentón firme, denotando energía, y cuidados cabellos entrecanos. Por supuesto, vestía como un caballero, y la culata de su único revólver estaba adornada con oro y piedras preciosas.

El ranchero y Nancy se abrazaron unos momentos y se besaron en las mejillas.

Johnny los contemplaba en silencio.

Nada tan fácil como matar a Ruban en aquellos momentos.

Jamás volvería a tener una oportunidad parecida.

El ranchero no le miraba, estaba de costado y le ofrecía precisamente el lado del corazón. Johnny sabía que le bastarían un par de segundos para enviarlo al infierno.

Pero no se movió.

Desde los otros lados de la calle notaba sobre él las miradas fijas, escrutadoras, de sus dos hermanos.

Al fin, Nancy se volvió hacia él.

—Papá, no sé si recuerdas a Johnny.

—¿Johnny?

El ranchero le estaba mirando. Sus ojos intentaban hallar los recuerdos en el rostro del joven, situar en el tiempo aquellas facciones que nada le decían. Pero su esfuerzo fue inútil.

—Lo siento —dijo—. No lo recuerdo.

—Yo tampoco a usted.

—Eso tiene fácil remedio. Hagamos que mi hija nos presente ahora. Yo soy Ruban, un propietario de esta comarca.

Y le tendió la mano.

Johnny se quedó como petrificado.

No podía soñar un momento, unas circunstancias mejores. Sólo el hecho de rechazar ostensiblemente aquella mano podía provocar el desafío que él esperaba. Con sólo un gesto liquidaba aquel siniestro trabajo.

Miró por encima de la cabeza de Ruban, los ojos de sus dos hermanos. Éstos parecían animarlo con la mirada. Parecían estar diciéndole: «¡Ahora! ¡Ahora, maldito!».

Pero Johnny no se movía.

Carecía de valor para matar a aquel hombre delante de su hija, de la muchacha inocente con la que jugó años antes.

El ranchero seguía con la mano tendida.

—¿Qué le ocurre, Johnny? ¿No quiere estrechar la mano de un vecino? Se la ofrezco sinceramente.

Johnny pensó:

«La mano que mató a mi padre. La mano que golpeó a mi madre para ultrajarla».

¡Pero estrechó aquella mano!

Ruban, murmuró:

—Siendo amigo de Nancy, puede disponer de mi rancho, muchacho. Me gustaría que nos hiciese una visita.

—Sin duda, usted no sabe dónde vivo yo, Ruban —dijo Johnny, suavemente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Vivo en el rancho que hay en el fondo del valle, junto al río. Se llama Rancho Larkey.

El nombre no pareció recordar nada a Ruban. Y si le recordó algo supo disimularlo muy bien.

—No veo que ése sea ningún obstáculo —dijo.

—Mi padre murió hace muchos años, señor Ruban.

—Quizá era amigo mío. Las gentes de esta comarca nos conocíamos muy bien, Johnny.

El joven estaba literalmente asombrado.

El cinismo y la frialdad de aquel hombre le dejaban tan atónito que sentía como si la sangre no le llegase al cerebro.

Al fin, Ruban se llevó la derecha al ala del sombrero, saludando antes de despedirse.

—Le espero, Johnny. Será bienvenido.

«Y así podrás matarme con toda comodidad —pensó Johnny—. Eres frío, eres calculador y eres astuto. Te has dado cuenta de la situación y has querido elegir tú mismo el terreno donde presentar batalla».

La voz de Nancy le arrancó de sus pensamientos.

—Te esperamos, Johnny. Hasta pronto.

—Hasta pronto…

Le parecía estar aún viviendo un sueño cuando Nancy

desapareció y cuando Richard y Phil le rodearon.

—¿Pero qué infiernos has hecho?

—¡Nunca volverás a tenerlo tan bien para clavarle seis balas en su maldita cabeza!

—¡Johnny, estoy pensando que eres un cobarde!

Johnny apretó los labios.

No pensaba defenderse ante los insultos de sus hermanos. Comprendía que éstos tenían razón.

Pero, de pronto, la atención de Phil fue desviada por alguien que paseaba tranquilamente por la calle principal de Dalias.

Aquel hombre también vio a Phil, y le hizo un saludo con la cabeza, sin detenerse.

Phil susurró:

—Has de tener cuidado, Johnny.

—¿Por qué?

—Ése hombre que acaba de saludarme es Hodgson, un federal: Nos conocemos, aunque no somos amigos. Además de ser un excelente tirador tiene grandes amistades en Washington. No conviene hacer jamás algo que vaya en contra suya.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Mucho. Ese federal posee tu nombre y descripción. Yo puedo hacer la vista gorda, pero él, no. En cuanto te reconozca, puedes considerarte listo.

—¿Y qué he de hacer? ¿Esconderme debajo de una silla?

—Por lo menos no meterte en jaleos. Mira, lo primero que harás será volver a casa. No quiero que a ese tipo le puedas llamar la atención por algo.

—Estoy nervioso. No puedo ahora encerrarme en una habitación. Necesito echar un trago.

—De acuerdo, pero no hables con nadie ni te metas en líos, por pequeños que sean.

Se alejaron.

Johnny sentía un terrible dolor en el pecho. Le parecía como si se lo estuvieran pisoteando todas las furias del infierno.

Entró en un saloon, que estaba muy animado a aquella hora, a causa de la llegada de la diligencia.

Se acodó en la barra y pidió un *whisky* con voz ronca.

Pero cuando lo iba a beber se detuvo de repente, con el vaso a la

altura de la boca.

Acababa de ver a otra persona conocida, pero ésta mucho más íntimamente. Acababa de ver a Jennifer.

Jennifer se había vestido sus mejores ropas y estaba hermosa de verdad. Charlaba y reía con un hombre ya maduro, sentados ambos a una mesa.

De pronto, alguien más entró en escena.

Era un tipo más bien bajito, pero fuerte y cuadrado, que vestía una ceñida chaqueta de piel y llevaba dos revólveres.

Tenía tipo de capataz de rancho, pero de capataz matón, de esos que no toleran ni una palabra de más a sus hombres.

Miró a Jennifer.

—¡Qué suerte encontrarte, muchacha!

Jennifer también le miró a él, pero en sus facciones no se reflejó la menor alegría.

—Hola, Tuck.

—Sabes que quedó algo pendiente entre nosotros la última vez.

—Tú y yo nunca hemos tenido pendiente nada.

—¿No? Pues quedamos en que me debías un beso. Un beso de los largos.

Jennifer hizo un gesto de hastío, como si espantara una mosca.

—Hala, lárgate ya. Un día de éstos me haré un retrato y te lo dejaré para que lo besuquees.

El hombre maduro que estaba sentado a la mesa, lanzó una risita.

—Sí, eso es. Hala, lárguese, amigo. La señorita y yo estamos hablando de negocios.

Pero el llamado Tuck no se conformó.

Apretó los labios, en un gesto de ira, y volcó de un puntapié la mesa, haciendo que sus dos ocupantes cayeran por tierra.

El hombre maduro se manchó la camisa y la levita, y en cuanto a Jennifer, hizo una exhibición de piernas que dejó sin aliento a todos los que estaban en el saloon.

Tuck la sujetó por un brazo y la hizo ponerse bruscamente en pie.

—Vas a darme ese beso, nena.

—Prueba a robármelo.

Tuck la soltó y le cruzó la cara secamente con dos violentas

bofetadas.

Johnny, que estaba en la barra, sintió que la derecha se le iba sólita hacia el revólver.

Pero entonces vio entrar a Hodgson, el federal. Hodgson paseó una mirada circular por la sala, sin interesarse demasiado por lo que él debía considerar una pelea de taberna. Johnny sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Si llamaba la atención de algún modo, si hacía que aquel hombre se fijase en él, estaba perdido.

Mientras tanto, Tuck había sujetado ya a Jennifer en sus fuertes y largos brazos.

Ella pataleaba, gemía, pero era imposible luchar contra la fuerza titánica de aquel hombre.

Tuck la besó. La besó lenta y sabiamente, todo lo que quiso, mientras sus manos acariciaban audazmente el cuerpo de Jennifer y todos los clientes lanzaban risotadas.

Al fin la soltó, dejándola caer al suelo.

—Esto no es más que el principio, nena. Volveremos a vernos, te lo juro. Y entonces la sesión será más animada.

Jennifer, aturdida, miró en torno suyo. Y entonces sus ojos, asombrados, se clavaron en la figura de Johnny. Se dio cuenta de que éste lo había presenciado todo, sin defenderla.

—¡Cobarde! —gimió—. ¡Cobarde!

Johnny miró hacia la puerta.

Vio la espalda de Tuck, que ya salía a la calle. Parecía ir a pasar al otro lado, al saloon frontero.

Como si estuviese hipnotizado, Johnny le siguió.

El hombre de la chaqueta de cuero se acodó en una barra.

Parecía todo lo feliz que se puede ser en esta cochina vida.

—Un *whisky* —pidió—. Doble.

Johnny preguntó:

—¿Lo pide para entrar en calor, amigo?

—¿Por qué?

—Porque yo puedo calentarle sin necesidad de que usted gaste dinero.

—¿Qué dice?

Johnny susurró:

—Le daré masaje gratis.

Luego, Johnny movió el puño derecho.

Todo el cuerpo de Tuck pareció desintegrarse cuando aquella maza terrible cayó sobre su cráneo.

Fue a sacar el revólver, con un débil movimiento reflejo, pero un nuevo golpe, ahora a la muñeca derecha, pareció rompérsela. Lanzó un chillido, mientras retiraba la mano.

Johnny le sujetó por los cabellos y lo mantuvo quieto contra la barra, clavándole la rodilla en el estómago.

Luego, pidió:

—Un cuchillo.

Tuck gemía y pataleaba, sin acertar a librarse de aquellas dos zarpas y de aquella rodilla que lo mantenían inmovilizado.

Cesó de patear, y lanzó en cambio un gemido, cuando el cuchillo se clavó dos veces en su garganta.

Luego, Johnny se lo devolvió al camarero que acababa de entregárselo.

—Toma, amigo, pero límpialo. Está manchado de sangre de cerdo.

Un silencio absoluto, fantasmal, se había hecho en el antes bullicioso saloon.

Todo el mundo miraba a Johnny, quien acababa de matar sin aparente esfuerzo a uno de los hombres más temidos de Dallas.

Un grupo de cuatro hombres se destacó en aquel momento de los que contemplaban la escena, al fondo del saloon.

Los cuatro llevaban sus manos crispadas sobre las armas.

* * *

Johnny les miró, porque comprendió al instante que los cuatro venían a por él.

Y se fijó entonces en un detalle que le llamó la atención. Los cuatro llevaban chaquetas de cuero muy ceñidas, al igual que Tuck, el muerto. Aquello parecía ser una especie de uniforme.

Un hombre alto y rubio que parecía ser el jefe de los otros tres, murmuró:

—¿Cómo te llamas?

—Johnny Larkey.

—¿Sabes quién era el hombre al que acabas de matar?

—Ni idea, pero si me lo decís, le enviaré una felicitación el día

de su cumpleaños.
—Ese hombre era el capataz de nuestro rancho.
—¿Qué rancho?
—El de Ruban.
Johnny apretó los labios.
Se daba cuenta de que no podría luchar contra cuatro hombres a la vez. Sucediera lo que sucediera, y por muy rápido que él fuese, iba a morir.
Curiosamente, eso no le dio miedo.
Lo único que lamentaba era morir sin haber vengado antes a sus padres. Era eso lo único que le dolía.
Los cuatro hombres se abrieron en semicírculo.
Todos los clientes del saloon corrieron a los lados, buscando situarse lejos del camino de las balas.
El silencio volvió a ser espantoso.
Johnny pensó que sólo tendría tiempo de matar a uno de sus enemigos y eligió al del centro, el que acababa de hablar.
Él había oído mencionar desafíos en que un solo tirador mataba a tres o cuatro enemigos en el mismo duelo. Sabía que eso era posible cuando el tirador resultaba un auténtico diablo. Y más de un diablo rodaba por el Oeste, pero él, Johnny, no lo era. Se tenía por un buen pistolero, capaz de matar en desafío a cualquier hombre que tuviese enfrente. Pero más de un hombre era distinto.
De pronto, preguntó con voz áspera:
—Sólo quiero saber una cosa relativa a rancho Ruban.
—Pregúntala. Los que van a morir tienen derecho a esas pequeñas atenciones.
—Hace poco tiempo, uno de los empleados de ese rancho, mató a un hombre llamado Parker. O quizá fue el mismo dueño. ¿Lo hizo el propio Ruban?
—No.
—¿Quién fue?
—El segundo capataz. Se llama Stick.
—Si alguno de vosotros queda vivo —masculló Johnny—, decidle a Stick que iré a por él.
—¿Si alguno de nosotros… queda vivo?
—Pienso mataros a los cuatro.
Lo que Johnny intentaba, que era poner nerviosos a sus

enemigos, no lo consiguió ni de lejos.

Los cuatro rieron sin abandonar ni un segundo su tensa guardia.

—Muy bien —dijo el del centro—. Si quieres matarnos a todos, empieza ahora mismo. Da tú la señal.

Johnny sintió que la boca se le había quedado seca.

La señal… Sería como si él mismo ordenara su propia muerte.

En aquel momento alguien dijo desde la puerta:

—Este duelo es desigual. Me parecen demasiados pistoleros contra un hombre solo.

Johnny se volvió.

Distinguió con asombro a sus dos hermanos, a Richard y a Phil, que habían aparecido en la entrada del saloon.

Los cuatro empleados de rancho Ruban tuvieron un momento de vacilación. No habían esperado aquello.

Pero ya no podían volver atrás ni evitar el desafío. Lo único que podían hacer era intentar ganar la décima de segundo que separaba la vida de la muerte.

Todos movieron a la vez las manos, en busca de sus revólveres.

Johnny fue el primero en «sacar», mientras Phil y Richard le imitaban instantáneamente.

Los cuatro empleados de rancho Ruban se torcían en el suelo, entre los últimos espasmos de la agonía. Todos ellos habían sido alcanzados mortalmente. Johnny había exterminado a dos hombres. Sus hermanos uno cada uno.

Phil hizo un gesto.

—Vamos.

Una vez en la calle, el *sheriff* se volvió hacia sus dos hermanos.

—Sospechábamos que ibas a meterte en un lío, Johnny, y por eso hemos venido a recogerte. Ya ves que no nos faltaba razón.

—De no ser por vosotros hubiera muerto.

—No pienses en eso.

—Ahora Ruban sabrá que le hemos declarado la guerra.

—Que lo sepa. Tendría que estar ya en la tumba.

—No comprendo qué es lo que te ha sucedido antes —murmuró Richard—. ¿Por qué no has acabado con él?

—No quería matarle delante de su hija.

—Quizá en eso tenga que darte la razón —dijo Phil—. De todos modos ahora las cosas serán muy diferentes.

—Lo sé.

—Habremos de trazar un plan de acción y ver de qué modo podemos llegar a los dominios de ese buitre.

—Yo lo haré —prometió Johnny.

—Déjate de tonterías. Ahora las cosas se han complicado ya mucho. El trabajo es de los tres.

Johnny recordó entonces a Jennifer. Después de ser besada por Tuck, ella había permanecido en el saloon.

—¿Habéis visto a Jennifer? —preguntó.

—Ella ya está camino de casa —gruñó Phil—. Creo que necesitaría una buena tanda de azotes.

Montaron en sus caballos, amarrados a la salida de la población, y se dirigieron hacia el sur siguiendo la línea del riachuelo que pasaba junto a su rancho. Dejaban atrás una ciudad convulsionada, pero ninguno de ellos pensaba en eso ahora.

Mientras tanto, Hodgson, el federal, entraba silenciosamente en el saloon donde yacían los cinco muertos.

—¿Cómo ha sido? —preguntó calmosamente.

Varias voces lo explicaron a la vez. Como no habían llegado aún ni el *sheriff* ni ninguno de sus alguaciles, Hodgson se había constituido allí en una especie de máxima autoridad. Escuchó la versión que le daban mientras fumaba calmosamente.

—De modo que el que más ha movido el matute ha sido Johnny Larkey —dijo.

—Los Larkey van a dar demasiado trabajo en Dallas —dijo el dueño del saloon—. En cuanto Ruban se entere de esto reunirá a sus hombres y hará que los liquiden.

—Cinco entierros en una misma tarde —se limitó a decir—. No está mal, para una ciudad tan civilizada como Dallas…

Y siguió fumando.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, cuando estaba amaneciendo, Richard, que montaba la guardia con un rifle ante la puerta de su casa, fue despertado bruscamente.

El último turno de guardia de aquella noche había correspondido a Richard, quien al amanecer se sintió dominado por el sueño.

De pronto, aquel ruido de caballos le despertó.

Bruscamente, se puso de rodillas colocando el rifle en posición de tiro, intentando ver las primeras claridades del alba.

Entonces los distinguió.

Los ocho jinetes estaban en lo alto de la pequeña loma que dominaba el rancho.

Dejaban que sus siluetas se recortaran claramente, y parecían contemplar con curiosidad el panorama que se extendía a sus pies. Ninguno de ellos llevaba las manos sobre las armas.

Pero a Richard no le cupo duda de que eran hombres de Ruban. La pelea a muerte iba a comenzar.

* * *

Sin duda aquellos jinetes esperaban atraparles desprevenidos y por eso no guardaban demasiadas precauciones, mientras se desplegaban para el ataque.

Richard corrió sigilosamente hacia la habitación donde dormían sus dos hermanos.

—¡Chist! ¡Phil! ¡Johnny!

Los llamados se pusieron en pie, frotándose los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Ruban ha decidido atacar.
—¿Tan pronto?
—Hay ocho hombres en lo alto de la loma.
—Diablos, eso significa que…
—Significa que sólo necesitan tres minutos para estar encima de nosotros. Y no podremos acabar con todos ellos si no estamos bien preparados cuando ataquen.
—Lo estaremos.
Los tres hombres salieron silenciosamente al exterior, oteando el paisaje a la luz lechosa del amanecer.
Los ocho jinetes seguían allí. No se habían movido.
—Es extraño… —musitó Phil.
—Son de Ruban, no hay duda.
—Sí, claro, no pueden ser de nadie más. Pero no llevan los chaquetones de cuero.
—Quizá no se los ponen siempre.
—¿Por qué se harán tan visibles? ¿Por qué no habrán atacado antes y por sorpresa?
—Ellos no saben que estamos vigilando.
—Pero pueden imaginarlo. No hay que creer que sean idiotas.
De pronto, Johnny tuvo una idea.
—Richard, por favor, mira hacia la parte trasera. Esto podría ser una estratagema. Hacer que nosotros les vigilemos como unos atontados mientras un grupo igual ataca por el otro lado.
Richard obedeció.
Durante algunos segundos todo permaneció en silencio. Los jinetes, arriba, contemplándolo todo, mientras ellos, abajo, aguardaban con los nervios a punto de saltar.
Les pareció que Richard tardaba un siglo.
Tuvieron la sensación de que el silencio iba a romperles los tímpanos.
Al fin, Richard regresó con el rifle entre las manos.
—No hay nadie atrás. Todo tranquilo.
—Pues no lo entiendo…
Lo entendieron menos aún cuando los ocho jinetes giraron grupas tranquilamente y descendieron loma abajo, pero para seguir la ruta que llevaba a Dallas.
Era incomprensible su actitud. Aunque pensaran observarles,

¿qué clase de observación era aquélla?

¿O quizá aquellos ocho jinetes no eran hombres de Ruban?

Los tres hermanos ignoraban que Ruban nada tenía que ver con aquellos hombres. Pero pronto entraría en una íntima y curiosa relación con ellos.

CAPÍTULO VII

Nada más ocurrió durante el día.

Johnny, lo mismo que Richard y Phil, se quedaron con la duda de qué significaba la presencia de aquellos ocho jinetes. A veces tenían la sensación de que Ruban había iniciado una guerra de nervios contra ellos, y a veces pensaban que quizá eran unos viajeros que se dirigían simplemente a Dallas.

Los turnos de guardia habían sido redoblados.

Hasta Jennifer, con un rifle en las manos, escrutaba el horizonte buscando distinguir la silueta de un jinete que se acercase.

Pero nadie llegó al rancho.

Al fin, cuando anocheció, Johnny ya no pudo más. Dijo que salía a hacer una descubierta, y sus hermanos lo aprobaron.

—Mira a ver si hay alguna clase de movimiento entre Dallas y esta zona. Pero regresa antes de tres horas, porque de lo contrario uno de nosotros tendrá que salir a buscarte.

—Regresaré.

—Y no seas lo bastante loco como para acercarte tú solo al rancho de Ruban.

—No lo haré. ¿Cómo iba a estar tan chalado?

Pero eso era precisamente lo que Johnny pensaba hacer. Acercarse al rancho de Ruban.

Lucía en el firmamento una hermosa luna, y los relieves del paisaje eran perceptibles claramente.

Johnny hizo entonces que su caballo se dirigiera a Rancho Ruban. Tardó en llegar aproximadamente una hora, y penetró en sus tierras por las zonas de pasto y no por la entrada principal.

Todo estaba tranquilo y quieto.

Tan tranquilo y quieto como el cañón de aquel rifle que se posó

en su espalda suavemente.

CAPÍTULO VIII

Ruban paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia, con las manos unidas a la espalda. Su semblante, habitualmente tranquilo, parecía agitado ahora por una verdadera tempestad.

La puerta se abrió de repente.

Un hombre con ceñida chaqueta de cuero, llevando el revólver bien visible, apareció en el umbral.

Ruban le miró a los ojos, y sólo con aquello ya no necesitó la respuesta.

—¿Se confirma la noticia? —preguntó, sin embargo.

—Sí, señor.

—¿Cuántos son?

—Ocho. Se han alojado en el Hotel Imperial. He estado obteniendo informes y sé que desde su llegada no han hecho más que engrasar las armas. Dos de ellos son pistoleros conocidos en todo el sur.

Ruban apretó los labios.

—De acuerdo. Por el momento no tengo órdenes nuevas que dar. Tú sigue en Dallas y anuncia cualquier movimiento de esos hombres, por insignificante que sea. Di a Lucas que redoble la guardia y que no deje beber a los vaqueros ni una gota.

—De acuerdo, señor.

Luego, Ruban quedó solo.

Siguió paseando aún durante algunos minutos, hasta que al fin pareció tomar una decisión y descendió, por medio de una puerta cuya llave sólo él conservaba, a los sótanos del edificio, unos sótanos sólidamente construidos en piedra.

Eran muy grandes, y en el centro del techo brillaba una lámpara de petróleo.

Bajo esa lámpara, un hombre sentado en una mecedora leía y fumaba continuamente.

Alzó la cabeza al oír entrar a Ruban.

CAPÍTULO IX

Cuando Johnny sintió el peso del cañón del rifle en su espalda, se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

Había cometido una imprudencia al llegar hasta allí, y ahora no le quedaba más remedio que atenerse a las consecuencias.

Unas gotitas de sudor frío aparecieron en sus sienes.

Pero, de pronto, una voz cantarina y burlona dijo a su espalda:

—Parece que, de repente, te has quedado de piedra, Johnny.

Johnny se volvió.

Estuvo a punto de lanzar una imprecación al ver que la que le apuntaba con un rifle era Nancy.

—¿Qué bromas son éstas, muchacha?

—Y tú, ¿qué haces en nuestro rancho?

—Estoy dispuesto a darte la explicación que quieras, pero no con un rifle delante de las narices.

—De acuerdo. Firmemos la paz.

A pesar del semblante de Nancy, ésta hacía todo lo posible por contener la risa. Johnny lo notó y lanzó un suspiro de alivio.

Por lo visto la muchacha no estaba enterada aún de que varios hombres del rancho habían muerto en Dallas a manos de los Larkey. La actitud de Nancy era confiada y cariñosa. Johnny comprendió que lo leal era decirle la verdad.

—¿Cómo estás aquí a estas horas, Nancy?

—No puedo dormir. No tengo ni pizca de sueño.

—Pues no lo entiendo. Esto es muy tranquilo…

—Precisamente por eso. Últimamente, en Nueva York, vivía en una calle de mucho trajín. Continuamente pasaban tranvías de caballos y se oían gritos. Ahora este silencio de los campos me abruma; es como si me faltara algo.

Se había sentado sobre la hierba, mientras el caballo de Johnny, libre de su jinete, se daba un atracón de pasto. Johnny se sentó cerca de la muchacha, mirándola a los ojos.

Había en ellos la misma luz limpia, la misma inocente amistad que cuando ambos eran niños.

Seguro que con ningún otro hombre hubiera permanecido allí, semi tendida en el prado solitario, sin más testigo que la luz de las estrellas. Seguro que hubiese tenido miedo a lo imprevisto, a la cruel llamada del instinto.

Pero con Johnny no. Con Johnny era diferente.

El joven, susurró:

—¿Por qué llevabas un rifle?

—Sé que hay alarma por los alrededores, aunque ignoro por qué, y he pensado que sería imprudente pasear sin armas.

Johnny se mordió el labio inferior.

—Nancy, mis hermanos y yo no somos ajenos a esa alarma.

—¿Qué dices?

—Por causas muy difíciles de explicar, hubo una enemistad antigua y enconada entre tu padre y el mío. Mi padre murió en circunstancias especialmente trágicas, y mis hermanos y yo creemos que ha sonado la hora de la venganza. No quiero que jamás puedas pensar que algo va contra ti, Nancy. Pero ha estallado una especie de guerra, y lo mejor sería que tú te alejases del rancho por una buena temporada.

Johnny creyó que la muchacha protestaría, que se echaría a llorar tal vez, pero en lugar de eso quedó pensativa, con la cabeza hundida sobre el pecho.

En estos momentos la azotaba un sentimiento indefinible, que Johnny no podía comprender.

El suave viento acariciaba los tallos de hierba, meciendo también los suaves y largos cabellos de Nancy.

Al fin ésta miró a Johnny.

En sus ojos flotaba un dramatismo extraño, como si en el fondo de su alma latiera un secreto que la estuviese consumiendo.

—Johnny, yo también he de decirte algo.

—¿Qué es?…

—Quiero ser sincera contigo, pero al mismo tiempo tengo miedo de que lo sepas.

—¡Por Dios, habla!

En aquel momento, una voz ronca dijo desde su izquierda:

—Más valdrá que se ponga en pie, amigo, y deje de cortejar a la chica. ¡Hala, arriba!

Johnny miró hacia aquel lado.

Dos hombres vestidos con los característicos chaquetones de cuero habían aparecido detrás de las dos o tres únicas rocas que había en aquel tranquilo valle. Sin duda vigilaban el rancho y les habían visto desde lejos, acercándose sigilosamente. Ambos iban armados con rifles y parecían dispuestos a disparar.

Nancy se puso en pie.

—¡Aquí nadie me estaba cortejando!

—Tendrá que explicar esto a su padre, señorita Nancy.

—¡Yo no tengo que explicar nada a nadie!

Los dos hombres se acercaron.

—Acompáñenos al rancho —dijo uno de los dos hombres—. Lo que ocurra entre su padre y usted no es cosa nuestra, pero necesitamos trasladar a este hombre.

—No te busques problemas por mi causa, Nancy —dijo—. Vamos a ver a tu padre.

—Ocurra lo que ocurra, te aseguro que él entrará en razón —prometió la muchacha.

Los dos hombres de las chaquetas de cuero, habían llegado a pie. Hicieron montar a Nancy en el caballo de Johnny, y ellos, con el prisionero, siguieron a paso rápido.

El edificio principal del rancho no estaba lejos.

Había luz en él, y se distinguía a algunos hombres vigilando por las cercanías. Aunque Johnny no podía comprender exactamente por qué, todo aquello parecía estar en pie de guerra.

Diablos, ellos no eran unos enemigos tan temibles como para organizar todo aquel mejunje. Pero si Ruban se tomaba las cosas así…

Cuando llegaron ante el edificio principal, uno de los vaqueros dijo a Nancy:

—Usted puede entrar. Este hombre se quedará aquí hasta que su padre decida algo.

—No quiero trampas —dijo bruscamente Nancy—. Me quedaré con él hasta saber qué es lo que va a ocurrir.

El que había hablado se encogió de hombros.
—Como quiera.
—No tienes que sacrificarte por mí, muchacha. No hagas nada que pueda perjudicarte.
—Tú eres un amigo de mi niñez.
—También soy un forajido.
Nancy parpadeó.
—¿Qué dices?
—Me buscan por matar a tres hombres. Mi propio hermano, que es *sheriff*, tiene una orden de detención contra mí.
—Pero, Johnny…, eso no es posible…
—Maté a tres hombres, Nancy. Sucedió en Omaha hará cosa de un año.
—¿Fueron… asesinatos?
—Según el *sheriff* de Omaha, sí.
—¿Por qué?
—Maté a aquellos tres hombres mientras estaban bebiendo, acodados a una barra.
—¿No les dejaste sacar sus armas?
—Claro que sí… Pero ellos se lo tomaban a broma… Hacían gestos, riéndose de mí e invitándome a que disparase. Yo los quería matar porque habían golpeado a una mujer hasta dejarla sin sentido. Pero me vieron muy joven y se rieron. Se estaban desternillando mientras me veían echar mano al revólver.
—Pues no comprendo por qué la situación les parecía tan graciosa…
Johnny sonrió tristemente.
—Sabían que mi revólver estaba descargado.
—¿Cómo…?
—Uno de ellos me lo había cambiado, mientras yo trataba de reanimar a la muchacha caída en tierra. Naturalmente yo ignoraba que no tenía balas, pero ellos lo sabían y estaban decididos a llevar la broma hasta el fin.
—¿Cómo, entonces, los mataste?
—Un borracho me había vuelto a cambiar el revólver.
—¿Y tú no te diste cuenta?
—Estaba obsesionado por atender a aquella chica. Creí que iba a morir, y yo no hacía más que llamar a gritos a un médico y decir a

aquellos tres buitres que los mataría inmediatamente. Si en aquel momento me llegan a quitar la camisa, tampoco me doy cuenta.

Nancy apretó los labios.

—Debió ser un duelo pintoresco —dijo—. Me imagino las caras de aquellos tres granujas al notar que las balas eran de verdad.

—Eran unas caras que no olvidaré nunca. Pero para el *sheriff* aquello fue matar a tres hombres que no pensaban defenderse. Tuve que huir y se me reclamó en el condado. Incluso, como uno de los muertos estaba adscrito a los servicios postales del país, un federal se ocupó del caso. Es muy posible que ese federal sea Hodgson, un fulano que acaba de llegar a Dallas.

La muchacha guardó unos instantes de silencio.

Luego, dijo con su característica vehemencia:

—Tú no eres un forajido.

—Oficialmente lo soy, y no me queda la menor posibilidad de demostrar mi inocencia. Por eso te pido que no hagas ningún sacrificio por mí. Que me evites como si yo fuera un apestado.

—Nunca lo haré, Johnny.

—Nancy, la vida es dura y amarga. No se puede ser eternamente un chiquillo.

—Si un hombre o una mujer no tienen sentido de la amistad, no tienen nada, Johnny.

Él fue a decir algo, pero ya no pudo.

En aquel momento, el individuo que había ido a hablar con Ruban salía del edificio. Venía acompañado por otro tipo que no llevaba chaqueta de cuero, sino una camisa muy limpia y bien cortada. Aquel individuo tenía los ojos oblicuos y la boca extrañamente torcida, como si siempre sonriera con desdén.

—Puede usted entrar, señorita Nancy. Su padre desea hablar con usted a solas. En cuanto a este hombre, será custodiado hasta que amanezca y luego lo entregaremos al *sheriff*.

Antes de que la muchacha protestara, Johnny se apresuró a decir:

—Me parece muy razonable.

No quería de ningún modo que la muchacha se metiera en más líos por su causa.

Nancy desapareció en el interior del edificio, y él fue empujado hacia una casa de muy pequeñas dimensiones donde se guardaban

carros y herramientas para el trabajo del rancho.

Una vez en el interior, la decoración cambió de repente.

Johnny fue golpeado en la nuca y cayó pesadamente sin saber bien aún qué era lo que le sucedía.

Al volverse, vio que ahora había tres hombres con él.

El de los ojos oblicuos había hecho su sonrisa más tensa y más desdeñosa.

Bruscamente lo levantaron entre los tres. Fue atado por las manos a las ruedas de un gigantesco carro, de cara a los radios y de espalda a los tres hombres.

Adivinó en seguida lo que iba a suceder, pero no lanzó un gemido. Sólo barbotó:

—¡Hijos de perra!

El primer latigazo le cortó la camisa como si la hubieran rasgado con un cuchillo. El segundo le dejó un surco sangriento en la piel.

—Esto no es más que el principio —dijo el hombre de los ojos oblicuos—. Espera a que yo entre en calor.

—Nosotros también queremos tomar parte en la fiesta, Stick —dijo otro de los hombres.

Aquel apellido produjo como una llamarada entre los ojos de Johnny.

¡Stick! ¡El segundo capataz de rancho Ruban! ¡El mismo que había matado a Parker!

Se volvió todo lo que su difícil postura le permitía. Escupió en un vano intento de alcanzar el rostro de Stick.

—Pensaba matarte —dijo sordamente—. Liquídame antes a mí o te juro que te arrancaré la piel un día.

Stick rió.

Johnny supo que iban a matarle así. Que le desharían a latigazos hasta que exhalara el último suspiro.

Se lo tenía bien merecido.

El mismo se había metido en el terreno de Ruban y había dado todas las facilidades. Se había comportado del modo más estúpido que sus enemigos pudieron soñar.

Un nuevo latigazo le hizo lanzar ahora un grito de dolor, a pesar de que se destrozó los dientes, de tanto apretarlos para contenerse.

Lo que más le hacía sufrir era pensar en sus hermanos.

Cuando transcurrieran dos horas y él no regresase, le buscarían

por todas partes. Irían también a rancho Ruban, metiéndose ellos mismos en la boca del lobo.

¡Y todo por su estupidez, porque él, Johnny, no era más que un imbécil!

Johnny ya casi no sentía dolor, porque los golpes ya no repercutían en su cráneo al borde del K. O. más absoluto. Un K. O. que era ya como un preludio de la muerte.

Y en ese instante la puerta se abrió.

—Ah, está ahí…

De una manera lejana e inconcreta, Johnny reconoció la voz del ranchero Ruban.

Stick masticó las palabras.

—Estamos haciendo un magnífico trabajo, jefe.

—Ya veo.

—Una docena más de latigazos y terminaremos con él. ¿Quiere darlos usted, jefe? Así guardará de esto un bonito recuerdo.

Johnny volvió a medias la cabeza.

Por lo visto le faltaba la última gota del vaso de hiel, le faltaba el último dolor.

¡Morir a manos del propio Ruban!

¡Sentir cómo el asesino de su padre, el que ultrajó a su madre, le arrancaba la vida poco a poco, sabiamente, con latigazos espaciados para que la agonía durase más!

Fue a decir algo, pero no pudo.

De sus labios no surgieron más que unas gotas de sangre.

Ruban tomó el látigo.

Johnny, con la cabeza vuelta, veía sus ojos fríos, inhumanos, donde no parecía latir el menor sentimiento.

Dijo al fin:

—¡Acaba de una vez…, perro!

Ruban levantó el látigo, tomó impulso para golpear con él… ¡y lo arrojó contra una de las paredes!

Johnny quedó boquiabierto.

Los tres hombres que estaban en la pieza, y en especial Stick, lanzaron exclamaciones de asombro.

—¿Pero qué pasa?

—¿Es que no le gusta el juego, jefe?

Ruban ordenó con voz ronca:

—Soltad a ese hombre.
—Es que…
—Antes arrojadle un par de cubos de agua por la espalda.
—Oiga, jefe…
—La comedia ha terminado. Yo no os di orden de maltratar a ese hombre. Sólo os dije que lo custodiarais hasta que pudiésemos entregarlo al *sheriff*.
—¡Pero él ha matado a varios de nuestros hombres!
—¡Mis órdenes no las doy más que una vez! —Masculló Ruban —. ¡Haced lo que os he dicho o los latigazos van a ser para vosotros, perros!
Los vaqueros se apresuraron a obedecer.
Dos cubos de agua fueron lanzados sobre la espalda de Johnny, quien sintió en seguida un cierto alivio, aunque le fallaban las fuerzas.
Luego, fue desatado. Cayó de rodillas, respirando afanosamente y recobrándose poco a poco.
Ruban se acercó a él.
—¿Cómo se siente, muchacho?
—Ha hecho… mal…, Ruban.
—¿Por qué?
—Sé que esto lo hace para prolongar el suplicio, pero… Si quiere vivir… dese prisa en matarme… De lo contrario lo liquidaré yo, Ruban…
—Creo que se equivoca, Johnny. Esto no lo hago para que el suplicio dure más.
—Allá usted… con sus malditas ideas… Yo sólo sé que pienso matarle. Y no es mal enemigo el que avisa antes…
Ruban se volvió hacia sus atónitos hombres.
—¡Que venga Sandra! ¡En seguida! ¡Y que traiga todo lo necesario para curar a un hombre!
Johnny estaba ya algo más recuperado cuando la tal Sandra apareció. Era una matrona negra que por lo visto entendía de curaciones y masajes. Hizo que Johnny se tendiera en tierra, de espaldas al techo, y le aplicó sobre las heridas una pomada que instantáneamente calmó los dolores del joven. Éste estaba cada vez más asombrado, porque no comprendía la actitud de Ruban.
Al fin, pudo ponerse en pie. Colmo de los colmos, Ruban le tenía

preparada una camisa nueva.

—Tome, Johnny. Y lárguese.

—¿Me deja libre?

—Sí.

—¿No le han dicho que soy responsable de la muerte de algunos de sus hombres?

—Es posible que ellos merecieran la muerte, es posible que no. En todo caso usted ya ha pagado un buen precio por lo que hizo. Vuelva a su casa y salude a su madre en mi nombre.

—¡Canalla!

—No lo he dicho con mala intención, Johnny.

El joven entendía cada vez menos la actitud de Ruban.

Aunque éste fuera muy astuto y tuviese un plan preparado, no comprendía bien por qué le había dejado vivo. Por qué se molestaba en reparar al máximo el daño causado por sus hombres.

CAPÍTULO X

Durante dos días nada sucedió.

Era como si, después de la tormenta que había empezado a desatarse sobre Dallas, hubiera renacido la más absoluta calma.

Johnny se iba rehaciendo.

No dijo en absoluto qué era lo que había ocurrido, y la verdad fue que sus hermanos, fuera de las preguntas iniciales, no le interrogaron más. Eran hombres del Oeste, acostumbrados al silencio cuando el silencio hace falta, Y habituados a guardar un secreto si guardarlo es necesario.

Johnny sentía, de una manera instintiva, que la presencia de aquellos ocho hombres estaba relacionada de algún modo con las precauciones observadas en rancho Ruban. Pero carecía de datos precisos y decidió no hacer comentarios.

Al tercer día empezó a levantarse.

Fue entonces cuando vio llegar a aquel extraño hombre.

Era un tipo de media edad, vestido de negro, quien también llevaba un maletín negro. Desde el primer momento le pareció inofensivo, aunque no por eso dejó de rozar su revólver.

Cuando estuvo ante la casa, el hombre descendió de su caballo y descolgó de la silla su maletín negro.

—Hola —dijo—. Soy el doctor Samuels.

—Me parece que se ha equivocado, doctor. Nadie le llamó.

—Me envían.

—¿Quién?

—Eso no puedo decirlo.

Johnny temió una treta, y por eso se puso en pie. ¿Pero qué podía un hombre solo, y además sin armas visibles, contra todos ellos?

A menos que en aquel maletín llevara algún explosivo…

Pero el hombre se acercaba ya a la puerta.

—Supongo que es a su madre a la que debo ver —dijo.

—¿Para qué?

—Soy especialista en enfermedades de los ojos.

Johnny le miró, confundido.

—Oiga, doctor Samuels, hay una montaña de cosas que no entiendo.

—Si puedo, se las aclararé.

—¿Qué es lo que tiene que hacer usted con mi madre?

—Curarla, si es posible.

—Pero… ¿por encargo de quién?

—Ya le he dicho que ese punto no puedo aclarárselo.

Entró en la casa sin más dilación y sin gastar más saliva. La madre de Johnny estaba sentada, quieta, de cara a un rayo de sol que sin duda no llegaba a herir sus ojos muertos. El hombre se aproximó a ella y la miró atentamente.

—Señora —dijo—, soy el doctor Samuels.

—Le he oído nombrar. ¿Pero qué hace aquí?

—Alguien me envía para tratar de curarla. He venido a Dallas expresamente con este objeto.

—No…, no lo comprendo.

—No es necesario que entienda nada, al menos de momento. Lo único que tiene que hacer es dejarse examinar. Creo que sus ojos aún ofrecen alguna esperanza.

Los cuatro hermanos se habían reunido en la habitación, y miraban expectantes desde la puerta. Ninguno de ellos entendía la situación, pero todos habían dejado que a sus corazones asomara un leve rayo de esperanza.

El médico observó durante largo rato los ojos de la ciega, valiéndose de una lente de aumento, Luego, un suspiro.

—La cosa no es tan mala —dijo.

Richard se adelantó.

—¿Cree que hay esperanza, doctor?

—La hay. Las cosas no se hubieran presentado tan mal si ella hubiera podido medicarse antes.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

El médico extrajo de su maletín una botellita donde había un

líquido oscuro.

—De momento deberá ponerse estas gotas directamente sobre los ojos. Con ello prepararemos la operación.

—¿Es que va a operarla, doctor?

—Es la única esperanza que tenemos para que ella recobre la vista.

Nuevamente fue Richard el que se adelantó un paso.

—Doctor Samuels, usted tiene consultorio abierto en ciudades importantes. He oído hablar de curaciones realizadas en Houston, en Nueva York, Nueva Orleans y en Tulsa. También he oído hablar de que es usted uno de los médicos más caros del país. ¿Sabe ya que no podremos pagarle cualquier cifra que usted pida? Ninguno de nosotros es rico. Creo necesario advertirle eso.

—No se preocupen por un detalle así.

—¿Quién le ha hecho venir?

—Ya he dicho antes que no puedo hablar de…

Johnny se adelantó un paso ahora, al igual que su hermano Richard. Tragó saliva y respiró fuertemente, antes de preguntar:

—¿Qué le ha dicho Ruban? ¿Qué le pagaría por la operación cualquier cosa que usted le pidiese?

El médico alzó los ojos, y sólo al ver la expresión confusa que había en ellos se dio cuenta Johnny de que acababa de dar en el centro de la diana.

—¿Cómo lo sabe…? —empezó a decir el galeno.

Johnny tuvo que cerrar los ojos un momento, mientras por su cráneo pasaba una verdadera tempestad.

CAPÍTULO XI

Johnny y Richard resolvieron, al día siguiente, ir a Dallas. No comprendían bien qué era lo que se palpaba en el ambiente.

AI llegar a la ciudad, los dos entraron en un saloon muy concurrido y se acodaron en la barra.

Notaron en seguida que se les miraba con cierto recelo y que se hacía un vacío en torno suyo.

Ya era sabido que la presencia de aquellos hombres significaba pelea, y nadie quería encontrarse por descuido en el camino que iban a seguir las balas.

Pero los dos hermanos fingieron ignorar aquello. Bebieron calmosamente el *whisky* que acababan de encargar.

—Me temo que no averiguaremos nada —susurró Richard—. Nadie quiere hablar con nosotros.

—Ya se acostumbrarán cuando vean que no hay tiroteo. Hablemos de cualquier cosa.

—No sé adónde nos llevará todo esto, Johnny. La verdad es que esta última noche no he podido dormir. No comprendo a Ruban.

—Ni yo. ¿Por qué crees que estamos aquí?

—De todos modos, algo positivo hemos sacado de todo esto. Quizá nuestra madre se cure, y Jennifer es ya otra mujer. Arrancada del ambiente de los saloons, puede convertirse de nuevo en la muchacha que siempre fue.

—Y encontrará en Dalias un hombre que la quiera, seguro. Pero antes hay que solucionar este cochino asunto.

—¿Qué podemos hacer?

—Sólo oír lo que se comenta. No hay duda de que la gente, en Dallas, sabe más que nosotros.

—Pues vamos a oír bien poca cosa…

En aquel momento oyeron en la calle el rumor producido por varios caballos que avanzaban al trote.

Todos los hombres giraron la cabeza, mirando por las amplias ventanas del saloon.

Cuatro jinetes estaban descabalgando frente al almacén que había delante del saloon, al otro lado de la calle. Era un almacén de granos, y a juzgar por lo que se veía, aquellos hombres iban a comprar forraje seco. Llevaban consigo un gran carromato en cuyos lados se leía en grandes letras amarillas: «RUBAN RANCH».

Uno de los hombres, el que mandaba el pequeño grupo, era Stick.

Stick y los otros tres hombres, todos enfundados en chaquetas de cuero, iban a penetrar en el almacén para hacer sus compras.

Johnny se inmovilizó en la puerta del saloon.

Sus músculos estaban tensos. Su mano derecha se había crispado a la altura del revólver.

Gritó:

—¡Stick!

El que ahora debía ser ya capataz del rancho de Ruban se volvió lentamente.

Vio a su enemigo ya preparado, y se dio cuenta de que aquel desafío iba a ser a muerte. En sus ojillos oblicuos rebrilló por algunos instantes una expresión de miedo.

Pero él estaba acompañado, y el otro era un hombre solo.

Con un único gesto, indicó a los demás que se separaran. Todos le comprendieron.

Richard apareció detrás de Johnny.

Eran dos contra cuatro, pero ambos hermanos tenían la seguridad de vencer. Necesitaban vencer. No caerían mordidos por el plomo sin ver caer a aquel grupo de asesinos.

Las manos se arquearon a poca distancia de los revólveres.

Stick susurró:

—¿Aún te sientes gallito, después de que hemos podido hacernos unos cuantos cinturones con las tiras de piel que te dejaste en el rancho?

Johnny apretó los labios.

Los ojos de Stick se hicieron más oblicuos todavía. Fue a gritar, para iniciar el desafío, pero en ese momento una tempestad de

plomo pareció caer sobre sus cabezas.

De repente, ocho hombres aparecieron tras la esquina más inmediata. Los ocho iban a pie y ya llevaban sus revólveres en las manos.

Se movieron conjuntadamente y con una frialdad absoluta. No vacilaron en cometer lo que era un auténtico asesinato.

Stick, por el momento, resultó ileso.

Los ocho hombres avanzaron en bloque, con los revólveres humeantes, dispuestos a rematar su tarea.

Johnny nunca supo por qué había hecho aquello. Fue instintivo, algo que no meditó.

A pesar de que las víctimas eran hombres de Ruban, no pudo consentir aquel asesinato a sangre fría.

Su revólver vomitó plomo dos veces. Lo hizo con demasiada precipitación y sólo alcanzó a uno de los hombres.

Pero fue bastante.

Los otros se vieron atacados desde un flanco que no esperaban y se batieron en retirada, haciendo un simple fuego de cobertura. Un instante después, habían desaparecido dejando sobre el polvo a su compañero muerto.

Johnny tendió la mirada al frente.

Ante él continuaba Stick.

CAPÍTULO XII

El duelo entre los dos hombres continuaba pendiente. Ambos tenían los revólveres en las manos y comprendieron al mismo tiempo que no había un segundo que perder.

Fue Stick el primero que levantó el «Colt».

Una mirada de alegría satánica brilló en sus ojos oblicuos al creer que había ganado la acción a su enemigo, al pensar que contaba con la ventaja de la décima de segundo definitiva.

Creyó que disparaba, pero no se dio cuenta de que no terminaba de apretar el gatillo.

Su movimiento fue un simple gesto reflejo, un último espasmo de su voluntad dormida para siempre.

La bala de Johnny le dibujó un agujero redondo entre los dos ojos. Stick dio un extraño salto en el aire, se encogió antes de caer y luego se derrumbó definitivamente, soltando el revólver, que quedó debajo de su cuerpo.

Johnny no necesitó mirarlo.

Estaba bien muerto.

Pero Johnny no se sentía satisfecho.

¡No sabía por qué, todas aquellas muertes le producían un misterioso y secreto dolor!

Acompañado de Richard fue hacia el cuerpo de Stick y lo giró con el pie. Luego fue hacia el cuerpo doblado sobre el polvo, el del desconocido a quien había matado poco antes.

Vagamente, recordaba su rostro.

Hubiera jurado que era Plinton, un forajido de segunda línea, reclamado en algunos condados del Sudoeste.

CAPÍTULO XIII

Cuando Johnny y Richard regresaron, vieron a su madre y a Jennifer quietas en el porche del pequeño rancho. Su madre llevaba los ojos vendados desde que inició el tratamiento, pero parecía escrutar hacia la lejanía. En cuanto a Jennifer, a su lado, tenía una expresión mucho más tranquila y digna que cuando todos los hermanos se encontraron de nuevo en el rancho, después de su larga separación.

Los dos hermanos descabalgaron y llevaron los caballos a la cuadra, sin hacer un solo comentario.

Al regresar, se dieron cuenta de que había una expresión distinta en el rostro de su madre.

Era como si aquel rostro hubiese sido tocado también por un sentimiento de paz.

—Venís de Dallas —susurró.

—Sí, hemos estado dando una vuelta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada. ¿Qué iba a ocurrir?

—Dallas es una ciudad violenta, y me temo que hayáis podido encontraros con alguno de los hombres de Ruban.

Johnny intentó reír, pero su risa sonó a hueco.

—Los hombres de Ruban no salen nunca de su madriguera —dijo—. Tienen demasiado miedo.

—Y vosotros demasiado valor.

—En lo que a mí concierne, me estoy muriendo de miedo desde que llegué aquí —declaró Johnny.

—A propósito de eso quería hablaros.

—¿A propósito del miedo?

—No. He estado pensando mucho sobre lo de rancho Ruban. Y

os pido que me escuchéis.

Se sentó en la vieja mecedora que siempre había estado en el porche, y que los hermanos recordaban desde los días de su niñez. La ciega, como conocía perfectamente la situación de todos los objetos en la casa, se movía igual que si pudiera verlos.

Johnny y Richard se acercaron a ella.

—Ya he hablado antes con Phil —declaró la mujer—. Él está conforme. Como hombre que juró servir a la Ley, no puede defender durante demasiado tiempo una idea fundada exclusivamente en la venganza.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que has pensado?

—Me he estado diciendo que Ruban se ha arrepentido de los delitos que cometió y que ha intentado hacerse perdonar.

—¿Lo dices por el hecho de que te haya enviado un médico?

—Ésa es una de las razones.

—¡Puede ser una estratagema para que nos confiemos!

—¡O quizá sea mucho mejor persona, desde que estoy en sus manos!

—Pero eso no significa nada…

—De acuerdo. Por sí solo no significa gran cosa. Pero es algo que me ha obligado a reflexionar.

—¿Y cuáles son tus conclusiones?

—Me he dado cuenta también de que Ruban no nos ha atacado, aunque bien pudo hacerlo.

—Hubiese sido alegremente recibido con plomo. Y para él hubiese habido una ración especial, de eso puedes estar segura.

—No nos hagamos ilusiones excesivas. Este rancho está situado en el fondo de una hondonada y resulta fácil de atacar. Vosotros sois solamente cuatro, aun contando con que Jennifer tenga habilidad para manejar un rifle. Un par de docenas de los hombres de Ruban podrían habernos exterminado en un día, máximo en dos.

Richard preguntó, irritado:

—¿Lo que pretendes decir es que ese buitre nos ha perdonado la vida?

—No. Yo sólo digo que me he dado cuenta de que apenas intenta defenderse.

—¡Porque no puede!

—Vosotros sabéis que puede. Yo lo interpreto como una muestra

de arrepentimiento.

Johnny se acarició la mandíbula.

—Pues sí que estamos apañados…

—El arrepentimiento de ese canalla —barbotó Richard—, no devolverá la vida a nuestro padre.

Ella dijo con voz ronca:

—Tampoco nuestra venganza le devolverá la vida.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces?

—No atacar a Ruban.

—Para dejar que nos ataque él…

—No lo hará.

—¡Nosotros tenemos derecho a una satisfacción escrita con plomo!

—Por favor… Me he dado cuenta de que la venganza no lleva a ninguna parte —continuó la mujer, suavemente—. Ésa es una idea que debéis inculcaros vosotros también.

Johnny se puso en pie, mirando hacia el horizonte con gesto desabrido.

El pensamiento de que la venganza no lleva a ninguna parte se lo había hecho él mismo más de una vez. No le quitaba la razón a su madre, pero al propio tiempo no podía olvidar que, dejando tranquilo y feliz a Ruban, se cometía una injusticia. Ruban era un perro asesino, aparte de otras cosas igualmente gruesas. Pensar que le bastaba arrepentirse para quedar libre, era algo muy poco de acuerdo con las viejas leyes del Oeste, en las que los hermanos habían sido educados.

De todos modos, Johnny se debatía en un mar de dudas.

La voz de su madre llegó hasta él con una extraña entonación metálica, cuando dijo:

—Hay algo más.

—¿Algo más? ¿Qué?

—Una persona ha venido a verte, Johnny.

Johnny volvió la cabeza, de repente.

—¿Quién?

—Te está esperando en la parte sur del rancho. Puedes verla tú mismo.

De pronto, el joven comprendió.

Se dio cuenta de que en las motivaciones de su madre para decir

lo que había dicho antes, jugaba también el deseo de no romper para siempre la felicidad de Johnny. Porque la ciega se había dado cuenta de lo que existía entre él y Nancy. No quería que la sangre ahogase aquel amor que empezó desde la infancia.

Estaba dispuesta a olvidarlo todo con tal de que él fuese feliz.

Todo aquello no hacía sino aumentar la confusión de Johnny.

Dio media vuelta bruscamente, fue a la cuadra para montar sobre su caballo y galopó hacia la parte sur del no muy extenso rancho. Era aquélla la zona de los mejores pastos, donde se criaban unas cincuenta cabezas de ganado.

Pronto vio a la muchacha sentada sobre la hierba.

Era como una flor blanca en el inmenso campo esmeralda que se extendía hasta las tierras de los otros ranchos vecinos, hasta perderse de vista.

Johnny detuvo su caballo y descabalgó de un salto.

Vio que Nancy corría hacia él.

Fue una cosa instintiva, sin meditación, sin malicia, un deseo que brotó de sus corazones, de lo más profundo de su sangre.

Bruscamente, los dos se encontraron abrazados.

Bruscamente, sus labios se unieron, sus bocas se dijeron sin palabras todo lo que habían estado callando desde los días de su niñez.

Fue un choque rudo, casi brutal, pero al mismo tiempo, lleno de una dulzura infinita.

Al fin, cuando les faltó la respiración, los dos se separaron para mirarse a los ojos.

—Nancy…

—Tienes que perdonarnos, Johnny… Luego supimos lo ocurrido en aquel cobertizo, lo de los latigazos… Yo nunca hubiese podido imaginarlo.

—Está olvidado ya.

—No sé qué puedo hacer para que me perdones…

—¿Qué culpa tienes tú?

—Soy una Ruban.

—Entre nosotros dos eso no tiene ninguna importancia, Nancy.

Ella se separó un poco más.

De pronto, desvió la mirada.

Una turbación infinita había asomado a sus ojos, antes tan claros

y tan limpios.

—Johnny, tengo que decirte algo.

—¿Qué es?

—Ya estuve a punto de contártelo otra vez.

—Sí, lo recuerdo… Pero ahora estamos solos y nadie nos interrumpirá. ¿Por qué no hablas?

—Es difícil de explicar. Quisiera que lo vieses con tus propios ojos y entonces decidieras.

Ella lanzó un gracioso silbido, y el caballo en que había llegado hasta allí, y que ramoneaba por el prado, se acercó alegremente.

Johnny también montó en el suyo, y ambos galoparon juntos hacia el norte, donde se encontraba rancho Ruban.

—Tu madre es una mujer muy comprensiva —dijo Nancy.

—¿Has hablado con ella?

—Hemos estado juntas más de una hora.

—Nancy…

—¿Qué?

—Hay algo que te dije y que no debes olvidar nunca. Por desgracia, los dos lo hemos olvidado hace un momento.

—¿A qué te refieres?

—Estoy reclamado por la Ley.

—Nadie te vendrá a molestar cuando…, cuando…

Iba a decir «cuando nos casemos», pero se calló en el último instante, no sabiendo cómo reaccionaría el hombre.

Johnny siguió:

—Hasta que esa cuenta esté saldada, no podrá haber nada entre nosotros, Nancy.

—Ninguna necesidad tienes de saldarla. Tú sabes que no fue un asesinato. Aquellos hombres pensaban que tenías un revólver descargado y habían proyectado reírse un rato de ti.

—La Ley opina de distinto modo.

Unas bruscas lágrimas asomaron a sus ojos, pero giró la cabeza para que él no lo notase.

Largo rato estuvieron así, cabalgando en silencio, sumido cada uno de ellos en sus encontrados pensamientos.

Al fin distinguieron las edificaciones de rancho Ruban.

Una carreta con paja se acercaba lentamente al edificio principal. Dos jinetes protegían aquella conducción sin importancia.

Por lo visto la alarma imperaba en el rancho, y hasta los trabajos más elementales se hacían bajo la protección de un rifle.

Johnny pensó que todo aquello no debía ser por ellos, por los Larkey, sino por los ocho hombres que habían llegado a la comarca y uno de los cuales había matado él en Dallas.

Vio que un carpintero arreglaba las tablas del techo en el edificio principal.

Otro clavaba, en la cuadra, unos tablones mal encajados.

Todo daba sensación de actividad, de trabajo, pero al mismo tiempo de secreta alarma.

Los dos jóvenes llegaron a la plazoleta que se extendía delante del edificio principal.

El carromato de paja se encontraba ya a muy poca distancia.

Era la hora de la comida, y prácticamente todos los vaqueros de Ruban se estaban congregando en torno a un alargado barracón, en cuya puerta había una gran perola que debía servir de gong para las llamadas. Un cocinero chino se disponía a golpearla.

Johnny preguntó:

—¿Cuántos hombres hay en este rancho?

—Prácticamente todos los que ves aquí. Algunos más vigilan los pastos y hay cuatro o cinco que están trabajando en una conducción de reses hacia el ferrocarril, pero casi todos nuestros hombres son los que en este momento tienes ante la vista.

—Entonces, si alguien atacase en este momento os pillaría a todos desprevenidos.

—¿Por qué?

—Ésos hombres que se disponen a entrar en el comedor, no parecen muy preparados para la lucha.

—Pero veríamos si alguien se acercaba. Este terreno es completamente liso. Un grupo de hombres no identificados sería visto cuando aún estuvieran a unas cuantas millas. Eso significa que podríamos prepararnos para la defensa.

Johnny susurró:

—Sí, es cierto, pero…

No pudo terminar la frase.

Porque en aquel momento se desencadenó sobre rancho Ruban una tempestad que parecía llegar desde el mismo infierno.

* * *

La imagen de lo que sucedió quedó gravada en la memoria de Johnny como si estuviera viendo una serie de fotografías en que todos los acontecimientos se encadenasen.

Lo primero que distinguió, en aquella rápida sucesión de hechos, fue el grupo de vaqueros que se disponían a entrar en el comedor y que reían y bromeaban con el cocinero chino.

Luego vio que el carromato cargado de paja se acercaba a ellos.

Los dos jinetes que lo custodiaban llevaban los rifles en las manos, y los pusieron en movimiento con una fantástica rapidez.

Dos disparos se abatieron sobre el grupo de hombres que esperaban en el comedor.

Bruscamente, el carromato se detuvo.

La paja saltó por los aires.

Tres hombres más aparecieron debajo de ella, en el carromato. Los tres iban también armados con rifles.

Sus armas crepitaron con diabólica precisión, mientras los jinetes disparaban de nuevo.

El grupo de hombres que esperaba ante el comedor se deshizo como un conjunto de soldados de plomo derribados por la mano de un niño. Johnny había contado unos diez. Cinco de ellos, alcanzados por los cinco primeros disparos, no se movieron ya. Los oíros se dispersaron en todas direcciones con una rapidez frenética.

Se daban cuenta de que el peligro estaba en el carromato. Intentaron alejarse de él.

Pero, repentinamente, alguien más disparó desde una posición que en el primer instante nadie pudo identificar.

Eran disparos de revólver.

Johnny vio de donde habían partido los últimos disparos.

Los dos falsos carpinteros que arreglaban los edificios habían sacado cada uno un revólver de su cajón de herramientas. Desde sus posiciones cuidadosamente elegidas, cribaban el terreno con la mayor tranquilidad y sin riesgo alguno.

Uno de los tres hombres que huían logró disparar con un poco de serenidad, y abatió a uno de los dos jinetes armados de rifle. El jinete soltó su arma, lanzó un chillido y cayó pesadamente a tierra.

Pero inmediatamente, le vengaron los que estaban situados en los tejados. Ambos dispararon a la vez, y el hombre que acababa de

hacer blanco, cayó atravesado por dos balas al mismo tiempo.

Los otros dos intentaron ganar el porche principal del edificio. No llegaron a él.

Desde el carromato fueron materialmente acribillados, y cayeron hacia atrás con las espaldas cosidas a balazos.

Desde una de las ventanas, un hombre intentó ofrecer resistencia y logró hacer estallar la cabeza de uno de los que se encontraban en los tejados. Pero inmediatamente fue abatido a su vez por los disparos que llegaban desde el carromato.

Johnny se dio cuenta de que ahora era Nancy la que corría peligro. Aquellos tipos no podían desconocer que ella era la hija de Ruban.

—Vete hacia el porche —dijo suavemente—. Yo te protegeré.

Había empuñado el revólver, y pegó su caballo al de la muchacha, a fin de cubrirla con su cuerpo.

El único jinete que quedaba en pie, gritó:

—¡Es la hija de Ruban!

Fue su último grito.

Johnny apretó el gatillo una sola vez y el balazo le destrozó la boca.

Los tres hombres del carromato volvieron hacia él sus rifles.

Pero más peligroso era el único que quedaba en el tejado, y Johnny se encorvó sobre la silla, tirando con rapidez y seguridad diabólica, por debajo de su propio cuerpo.

El otro soltó su revólver.

Se puso en pie, como si quisiera dar un salto, y de pronto se derrumbó dando extrañas volteretas en el aire.

La carnicería era rápida, atroz, salvaje.

Sólo quedaban, de los siete atacantes, tres hombres vivos. Los tres estaban en el carromato.

Se dieron cuenta de que no les convenía estarse quietos allí, ofreciendo un blanco demasiado cercano, y saltaron en todas direcciones, parapetándose entre las ruedas.

Johnny comprendió que ahora tenía las de perder.

Ya no podía sorprenderlos, sino todo lo contrario. Él estaba sobre un caballo, bien visible, y los otros tres perfectamente protegidos.

Sólo se le ocurrió una cosa, y fue saltar de la silla, arrastrando

en su caída a Nancy.

Los dos rodaron por el suelo, entre el polvo, mientras sus tres enemigos disparaban a la vez.

—¡Vamos! ¡Hacia el porche!

Mientras Nancy se arrastraba, él se pegó de espaldas al polvo, disparando contra las ruedas del carromato. Sabía que no podría alcanzar a sus enemigos, a los que apenas acertaba a distinguir, pero al menos les impediría tirar cómodamente.

Nancy llegó al porche y se parapetó tras una de las columnas.

Johnny se dio cuenta de que ahora todos los disparos serían para él. Los tres asaltantes no tenían otro enemigo a la vista.

Dio una voltereta y dos balas se clavaron en el polvo, justo en el lugar que su cuerpo ocupaba un segundo antes.

Desde el porche, Nancy había logrado empuñar el revólver de uno de los vaqueros muertos. Tiró con él, pero demasiado precipitadamente y sin ninguna puntería.

Johnny comprendió que no podían tener más que una esperanza: Llegar a ocultarse en el interior del edificio.

Poniéndose de rodillas, dio de pronto un salto y empezó a correr en zigzag, buscando desorientar a sus enemigos. Éstos tiraban locamente, pero lograron siluetear su figura. Cada salto acercaba más a Johnny al porche, donde Nancy seguía disparando sin ninguna eficacia. De pronto, ella comprendió.

Se arrastró hacia la puerta y consiguió abrirla, manteniéndola así para que Johnny pudiera entrar de un solo salto.

Johnny lo consiguió.

Ambos cerraron, pegados al suelo, mientras las balas atravesaban limpiamente la delgada hoja de madera.

Pero a ambos lados de aquella puerta la pared era de piedra, y ambos podían considerarse protegidos.

Johnny susurró:

—¿Sabes quiénes son ésos?

—No tengo ni idea…

—Yo creo haber reconocido a alguno. Son los hombres de un forajido llamado Kid Latimer. Si no me equivoco, el propio Kid es uno de los muertos.

—¡Pero no sé qué pretenden! ¡Te lo juro, Johnny! ¡No lo sé!

—La cosa está bien clara: Van a adueñarse del rancho.

—¿Para qué?

—Sospecho que son demasiado amigos de tu padre.

Ella palideció.

Por un momento parecieron asaltarle los recuerdos, pareció sentirse hundida en un mundo lleno de amargura, que hubiese querido tener bien lejos.

—Johnny…

La muchacha parecía querer decir algo, algo que le quemaba la garganta, pero Johnny no la dejó.

—Vamos, no pierdas un minuto.

Nancy, arrastrándose para no ser alcanzada por las balas que entraban por las ventanas, empezó a caminar hacia una de las puertas que daban al vestíbulo.

No podía imaginar lo que en aquel momento estaba ocurriendo debajo mismo de su cuerpo, en la gran habitación que formaban los sótanos de aquella casa.

Allí estaba ocurriendo algo que Johnny tampoco se hubiera atrevido a imaginar.

CAPÍTULO XIV

Ruban había entrado en la gran habitación del sótano.

Éste, dijo secamente:

—La banda de Kid Latimer está aquí.

—Pero habrá sido aniquilada…

—Te equivocas. Nos han atrapado por sorpresa. La trampa estaba bien preparada y puede decirse que ahora el rancho es suyo. No creo que podamos defenderlo nosotros solos.

Una brusca expresión de ira asomó al rostro del hombre que había estado encerrado en el sótano.

Sus ojos sanguinolentos miraron al hombre que le daba impasiblemente aquella noticia.

—Nunca creí que mi hermano fuera tan estúpido —barbotó.

El otro sonrió tristemente, con cansancio, con una especie de abatimiento que estaba más allá de sus fuerzas.

—Del verdadero dueño de rancho Ruban no podía esperar más que esto —dijo con suavidad.

—¡Te llamé para que me sirvieras! ¡Te llamé a ti, mi único hermano, para que obedecieses mis órdenes!

—Las he obedecido.

—¡Sí, pero no todas! Como nos parecemos mucho y yo llevaba mucho tiempo sin ir a Dallas, nadie en la ciudad se sorprendió ante el cambio. Muchos pensaron que yo estaba algo envejecido, pero nada más. Tú dijiste en todas partes que eras el dueño de rancho Ruban. Y al ser mi hermano no tuviste que dar tampoco un apellido falso.

—Todo eso resultó perfecto. No sé por qué te quejas.

—De acuerdo… Eso resultó. Mis hombres se comprometieron a guardar un pacto de silencio. Mi propia hija también se

comprometió a disimular y a considerar a su tío como su verdadero padre. ¡Pero tú estabas obligado a algo más! ¡Tú estabas obligado a guardar el rancho contra esa pandilla de bandidos!

Los ojos del verdadero Ruban llameaban. Despedían chispas.

—Unos bandidos que no son peores que tú —dijo suavemente—. Tú engañaste a Kid Latimer hace muchos años. Los dos asaltasteis un banco y tú te llevaste todo el botín. Compraste estas tierras y ahí se inició tu fortuna… Kid Latimer juró que se vengaría. Ha tardado, pero todo llega… No hay canallada que no se acabe pagando.

—Parece que tú me acusas también… ¿Quién has creído que eres? ¡Un muerto de hambre! ¡Ya te saqué de un tugurio para hacerte vivir como un ranchero rico! ¡Deberías besarme los pies!

—Me trajiste aquí para que yo muriese en tu lugar.

—¡Tonterías! ¡Si hubieses sido listo, no habría habido peligro alguno!

—Incluso pensabas alejarte del rancho para así tener menos complicaciones. Pero tu avaricia te obligaba a seguir vigilando esto, aunque fuese desde un sótano. No querías dejar del todo tus tierras, tus rebaños, que te hacían sentirte poco menos que un rey.

—¡Envidia! ¡Lo que tú tienes es envidia, perro! ¡Nunca me has perdonado el que fuese más rico que tú!

El otro sonrió dulcemente, haciendo un gesto vago con la mano derecha.

—¿Envidia? ¿Puede sentirse eso de un hombre a quien todo el mundo odia? ¿Puede despertar envidia un hombre a quien son muchos los que le quieren matar?

—¡Es la ley del Oeste! ¡Aquí muere el que no mata! ¡Por eso me he convertido en un hombre poderoso! ¡Por eso! ¡Porque a la hora de apretar el gatillo, yo lo hice primero!

—Estoy de acuerdo… en parte. Pero yo he tratado de remediar, en este corto tiempo, algunos de tus crímenes.

El verdadero Ruban le miró socarronamente.

—¿Cuáles?

—He enviado a un médico para que atienda a una mujer a la que tú ultrajaste, después de matar a su esposo.

Ruban hizo un violento gesto con la derecha, como si espantara un moscardón.

—¡Bah! ¡De eso hace siglos! ¡No valía la pena recordarlo!

—Era un crimen más que tenías sobre la conciencia, aunque para ti ya no existiese. Y hay algo más.

—¿Más todavía?

—Los tres hijos de esa mujer son ahora tres pistoleros. Habían venido para liquidarte.

—No me dan miedo.

—Uno de ellos, Johnny, jugaba con tu hija cuando eran niños. Luego han vuelto a verse.

—¿Y eso qué importa?

—Yo he dado facilidades para que ese amor renaciera. Me ha parecido justo. He creído que era el único medio digno de disipar el odio.

Las facciones de Ruban enrojecieron aún más. Sus ojos estaban ahora materialmente inyectados en sangre.

Chilló:

—¡Eso es una canallada!

—Es el único medio que tienes para merecer seguir viviendo. Intentar remediar todo el daño que hiciste.

—¡Estás loco! ¡La dureza es mi fuerza y es mi ley! ¡Si dejan de tenerme miedo, me aplastarán!

—¿Quién ha de tenerte miedo? ¿Las mujeres indefensas a las que ultrajaste? Ya ves que los hombres no te lo tienen.

El dueño del rancho acarició el pequeño «Derringer» —una pistola de jugador de ventaja— que guardaba en su funda axilar, y miró fijamente a su hermano, con una especie de luz negra rebrillándole en los ojos.

—Siempre me he rodeado de inútiles —masculló—. Siempre he tenido a mi lado gente que no valía para nada y que no merece seguir viviendo…

Alzó el revólver.

Sus facciones, deformadas por el odio, eran sencillamente satánicas.

Fue a disparar, y en ese momento, algo así como una nube de horror, pasó por su rostro.

Fue como si hubiera visto el resplandor del mismo infierno.

CAPÍTULO XV

Una mujer había aparecido en el umbral de la puerta.

Era una mujer alta, bien formada, todavía joven. Sus ojos estaban vendados, pero tenía el rostro tensamente vuelto hacia él, como si pudiese verle con absoluta claridad.

Ruban la miró con horror.

Aquella mujer llevaba un revólver en la derecha, un pesado «Colt Frontier» que, a aquella distancia, casi podía atravesar una pared de piedra.

Ruban comprendió que, aunque ella no le viese, le había identificado por la voz. Y que estaba tan segura de poder acertarle como si le viera con los ojos.

Intentó hacer algo para esquivar la muerte que ya notaba encima de él.

Trató de agacharse mientras desviaba el «Derringer», encañonando ahora a la mujer.

Pero ella no le dio tiempo.

Su revólver crepitó una vez, tirando un poco bajo, porque sin duda había previsto la maniobra de Ruban.

Acostumbrada a vivir en el Oeste, nadie podía engañar a la madre de los cuatro hermanos de Dallas.

Luego, la mujer dejó caer el revólver.

Estaba destrozada, hundida.

Pareció como si todas sus fuerzas fallasen y necesitó apoyarse en la jamba izquierda de la puerta para no caer.

—Yo había venido a hablar con Ruban… —sollozó—. Venía en son de paz… Pero al entrar aquí he podido oírlo todo… Las voces se escuchaban desde el vestíbulo, aunque muy débilmente. Los que no vemos, tenemos los otros sentidos más acusados… Entonces he

comprendido la horrible verdad… Fuera de la casa, mientras llegaba con mis hijos, había tropezado con un revólver… ¡Dios santo! ¡Nunca creí que esto llegara a hacerlo yo misma!

CAPÍTULO XVI

Los tres hombres que intentaban sitiar la casa, hicieron girar bruscamente sus revólveres, al ver aparecer aquellos dos jinetes por el otro lado del edificio. Intentaron hacer fuego, pero Phil y Richard fueron mucho más rápidos.

Entonces, Richard y Phil entraron en la casa.

Habían acompañado a su madre y sabían que ella estaba en el interior, después de haber penetrado por una puerta trasera. Los dos jóvenes entraron por la puerta principal, después de advertir a Johnny que no disparase. Johnny soltó el revólver, mientras lanzaba un suspiro de indescriptible alivio.

En aquel momento apareció su madre, acompañada por el que ellos creían Ruban.

Todos quedaron silenciosos, atónitos, sin comprender, y más al ver la expresión postrada de los dos.

Ruban murmuró:

—Nancy lo explicará todo. Por favor, muchacha, hazlo. Y luego tú, Johnny, llévatela lejos de aquí al menos por unos días…

Salieron los dos sin que nadie tratara de impedírselo.

Todos estaban asombrados, aunque Johnny empezaba a comprender parte de lo sucedido.

Fue hacia Nancy, dispuesto a cumplir la petición que le habían hecho, y en ese momento algo cambió.

Fue una cosa sutil, casi impalpable.

Sencillamente, Phil volvió a ponerse la estrella.

Sólo con aquello, ya pareció como si el aire fuera distinto. Ya dio la sensación de haber cambiado todo.

Phil, dijo suavemente:

—No, muchacho, no te la puedes llevar.

—¿Por qué?

—Sabes que tú y yo tenemos un pacto. Yo represento a la Ley y tú estás reclamado por ésta. Te defenderé luego con todas mis fuerzas, pero antes tengo que cumplir con mi deber. Tengo que llevarte ante el juez.

Johnny palideció.

Creía haber terminado y de pronto todo volvía a empezar de nuevo. Volvían a girar para él las ruedas del dolor y de la duda. Volvía a sentir en su carne las uñas del destino.

Por unos segundos que parecieron eternos los dos hermanos se miraron fija, muy fijamente.

Nadie se atrevía a intervenir en aquella situación. Cualquier palabra podía hacer aún más difíciles, más trágicas las cosas.

El silencio absoluto, mortal, parecía poder cortarse.

Y de pronto, Johnny sonrió. Quiso estar alegre otra vez. Quiso ser, como siempre, un hombre optimista.

—Usted manda, *sheriff* —murmuró.

Y fue a acercarse a su hermano, pero en ese momento, una voz dijo desde la puerta:

—No, muchacho.

Todos se volvieron a un tiempo, como un solo cuerpo. Y vieron en la puerta a Hodgson, el federal, quien encendía tranquilamente un cigarro.

Con voz calmosa, sin inmutarse, aclaró:

—Te venía siguiendo, Johnny Parker, porque quería decirte yo mismo que podías estar tranquilo. Yo fui uno de tus más implacables perseguidores, y me ha parecido una cuestión de conciencia emplear parte de mis vacaciones en conocerte mejor y darte esa alegría… Te he venido observando, muchacho… No eres un mal tipo.

Johnny le miraba con la boca abierta.

La verdad era que estaba demasiado asombrado para hablar.

Phil tuvo que hacerlo por él.

—¿Pero qué es lo que sucede, Hodgson?

—Es una historia un poco larga. Ante una botella de *whisky*, se la contaré con mucho gusto. De momento, sólo le diré que declaró el borracho que le había cambiado el revólver. Ahora sé por qué aquello pareció un asesinato y por qué no se defendieron los tres

hombres…

Phil exhaló un suspiro de alivio, aún más intenso que el de su hermano Johnny.

—Diablo, qué peso me quito de encima…

—Les llevo a todos a Dallas —invitó Hodgson—. He traído nada menos que una diligencia llena de agentes voluntarios, ¿saben? Los he reclutado a toda prisa, al enterarme de lo que pretendía la banda de Kid Latimer, pero desgraciadamente, no he llegado a tiempo. Ahora la diligencia va a quedar libre, mientras los agentes reúnen a los muertos, y nosotros podemos ir a la ciudad. —Hizo un guiño a Johnny—. Vamos, muchacho, esa chica está esperando que la saques de aquí…

FIN